

2781

DOCTORA MARIA ISABEL SALTHÚ DE MANZI

PAGINAS HISTORICAS Y LITERARIAS

DISCURSOS Y CONFERENCIAS

Auspiciadas por diversas Instituciones representativas
de la Cultura de Corrientes

Año 1937



CORRIENTES
Imprenta del Estado

1937

DOCTORA MARIA ISABEL SALTHÚ DE MANZI

PAGINAS HISTORICAS Y LITERARIAS

DISCURSOS Y CONFERENCIAS

Auspiciadas por diversas Instituciones representativas
de la Cultura de Corrientes

Año 1937



CORRIENTES
Imprenta del Estado

1937

BIBLIOTECA
DR. RICARDO LEVENE

INVENTARIO N° 2781

María Isabel Salthú de Manzi

Páginas históricas y literarias

Discursos y Conferencias auspiciadas
por Instituciones representativas de
la cultura de Corrientes.

PAGINAS HISTORICAS Y LITERARIAS

Doctora María Isabel Salthú de Manzi

La publicación de estos opúsculos, se debe a la proverbial gentileza del Excmo. Señor Gobernador de Corrientes, Doctor Juan Francisco Torrent, en cuyo elevado espíritu, animado de nobles ideales de cultura superior, la obra intelectual y las bellas artes, encuentran siempre el auspicio del Mecenaz, que realiza así una función propia de los grandes hombres de gobierno.

Publicación ordenada por el Excmo. Señor Gobernador de la Provincia de Corrientes, Doctor Juan Francisco Torrent, en el mes de Abril del año mil novecientos treinta y siete.

LA FIESTA DE LA DANZA



PINTURA POMPEYANA

LA FIESTA DE LA DANZA

en homenaje

Al Gobernador de Corrientes
Doctor Juan Francisco Torrent

Señores:

La Academia de Bellas Artes e Idiomas Josefina Contte me ha elegido su intérprete en esta velada de la "Danza", que ha de ser exponente fiel de la intensa labor artística, que realiza la prestigiosa Institución.

Acepté gustosa el honroso mandato por el encanto que encierra el culto de la belleza y el noble fin a que aspira.

Esta fiesta se realiza en homenaje a su Excelencia, el Señor Gobernador, Doctor JUAN FRANCISCO TORRENT, Presidente Honorario de la Institución, a la que ha otorgado siempre el apoyo moral y material que se le ha requerido. Al ofrendarle esta velada la Academia lo hace convencida que ha de ser grata a su elevado espíritu, que encuentra en toda manifestación de arte un singular deleite.

Es que S. E. es hijo de Corrientes y ha recibido en herencia la tradición romántica y legendaria de su raza y en el solar nativo, en los bosques lujuriant-

tes que crecen a orillas de los ríos majestuosos que rodean la provincia, en las noches claras en que la luna abre senderos de plata entre los naranjales de idílicas flores o cuando, bajo el aspecto cerúleo del cielo tapizado de nubes blancas, o en el esplendor purpúreo de la hora crepuscular, deleitáronse sus oídos con el trino del zorzal o el canto de la calandria, sintió la emoción infinita del que tiene por patria una tierra bendecida por la mano del Señor.

Su Excelencia ama el arte porque es médico y fué soldado. Como médico conoció el dolor a la cabecera del enfermo y como soldado en los clarines percibió los ecos de las glorias patrias y en los desfiles triunfales mañaneros adquirió la fé en el porvenir.

Dolor y fé, condiciones indispensables al alma para que pueda sentir la emoción estética en sus más delicados matices.

Brinda la fiesta la Academia de Bellas Artes, que desenvuelve en nuestro medio una encomiable acción artística. Ella formó la falange de jóvenes maestros que en música, pintura o recitación se destacan en las escuelas de la provincia y dan la nota artística en todo festival, demostrando la pericia y disciplina con que fueron adiestrados en sus respectivas especialidades. Ella ofrece periódicamente a la dilecta sociedad correntina, magníficos espectáculos que son derroche de luz y de armonía. Otras veces presenta los trabajos de sus alumnos en certámenes internos o exposiciones nacionales, obteniendo siempre la medalla consagratoria y el aplauso entusiasta.

Pero la Academia no se conformó con la acción intensa que realiza en su primitiva sede y atravesando el Paraná se estableció en el Chaco, entre el algodón de niveos copos y el quebracho de potente savia, poniendo una nota de emoción y de poesía entre el silbar de las máquinas y la humareda fabril a semejanza de los jazmineros y rosales que exhalan sus esencias y atraen a la sutil mariposa en medio del chirriar de aserraderos y la inquietud industrial.

Un año hace que la Academia abrió su filial en Resistencia y para festejar la fecha inaugural llega hoy la juvenil embajada chaqueña que unida a los alumnos de Corrientes ha de hacernos transportar a las regiones de la fantasía y del ideal. Ellos nos brindarán magníficas danzas, cuyo origen se remonta al despertar del mundo.

*

* *

Era la hora primera y en la región mesopotámica entre Auran y Seleucia había un asilo feliz y campestre al que se entraba por el lado de oriente por una puerta abierta en colosal roca de alabastro. En los bosquecillos lloraban los árboles lágrimas balsámicas. En los verjeles brillaban las pomas de oro. En rientes prados pacían los rebaños. Las rosas sin espinas florecían en los húmedos valles. Erguíanse las palmeras en las colinas coronadas de mirtos. Los pájaros cantaban en coro y las brisas primaverales esparciendo los perfumes de los campos unían su suave armonía a la de las hojas temblorosas. En este jardín encantador que todos habeis reconocido,

Adan, el mejor de los hombres y Eva, la mejor de las mujeres, con rítmicos movimientos se acercaban a la flor brillante de rocío para aspirar su perfume o extendían el brazo hacia el árbol en busca del fruto delicioso o tomados de la mano lentamente danzaban, al compás del susurrar del arroyuelo o del latir de sus propios corazones, con la agilidad de sus cuerpos esbeltos, alimentados sólo con la pulpa de las frutas y el néctar de la vid.

El pueblo de Israel cultivaba la tierra y plantaba viñas entre olivares. En los días de la recolección abundosa al declinar el sol, reuníanse los jóvenes a la vera de las parvas y llevando en las manos espigas de oro danzaban al son de laudes y de liras. Y había tal idealismo y emoción en los dulces sonos y en el rítmico danzar que parecía inspirado en los movimientos armoniosos de los querubes y serafines, que viera un día Jacob ascender por la simbólica escala de peldaños de luz, que unía la tierra con el infinito.

En Grecia danzaban las ninfas al son melodioso de flautas invisibles, tañidas por los dioses en el bosque umbrío.

De Atenas pasaron las danzas a Parténope y en las orillas del riente golfo las jóvenes, de amplias túnicas, coronadas de mirtos y arrayanes, danzaron con los donceles de cabellera ensortijada al son del arpa que reemplazara a las flautas del Pireo, mientras no muy lejos deleitábase Virgilio en ver bailar a los pastores coronados de pámpanos a los acordes melancólicos de la zampoña.

Desde entonces las danzas recorren el mundo como expresión sublime del ideal humano. Su marco lo forman el jardín con la fuente cristalina, la playa en que se quiebran las olas o el manto nocturno en que resplandece la luna con su cortejo estelar.

El ritmo lo dan magníficas orquestas en que se aunan la voz de la fuente, el trino del ave, el susurrar del céfiro y a sus rítmicos compases las jóvenes yerguen la cabeza, levantan los brazos y en la punta de los pies elévanse interpretando, ya la alegría del amor que espera o la melancólica añoranza del amor que fué.

Y ante esas jóvenes hermosas envueltas en velos sutiles, el espectador siente la emoción indescriptible que despierta el arte de Terpsícore, por que significa el misterioso arcano de la vida encerrado en el constante anhelar del corazón.

Nota: Discurso pronunciado en el Teatro Vera, el 12 de agosto de 1936.

JUAN PUJOL

El Estadista Correntino

Discurso pronunciado con motivo de la inauguración de su busto en la Escuela Normal de Maestras que lleva su nombre.



Dr. JUAN PUJOL

La Dirección de la Escuela Normal de Maestras, después que el actual Ministro de Instrucción Pública impusiera al Establecimiento el nombre del Doctor Juan Pujol, sintió la necesidad de levantar un ara en honor del ilustre correntino, no para sacrificar en ella las palomas blancas de romanos y griegos, ni quemar el incienso y mirra litúrgicos, sino para deshojar en su piedra muchas flores, porque las flores tienen en sí la savia de la madre tierra que tanto amó el prócer y porque en sus pétalos hay luces de estrella y gotas de rocío, que descendieron de ese cielo que contemplara Pujol, cuando escrutaba el horizonte tratando de dar forma en las franjas celestes y blancas a los magnos proyectos de su inteligencia privilegiada.

El artista esculpió el bronce y las ex alumnas costearon la obra y por la acción conjunta de todos se hallará hoy en el "atrium" de esta casa, el busto al que el sol dará ardores de vida, la luna nimbará su frente y el cielo será la bóveda de su templo, magnífica bóveda en que reposa la enseña gloriosa de la Patria y en que se agita la magnificencia estelar. Bóveda, que para este templo ideal se sostiene con columnatas que tienen solideces de pirámides egipcias y tomaron del arte helénico su esbeltez. Sus ba-

ses las forman la gratitud de un pueblo y entre mil sentimientos difíciles de analizar lucen en sus capiteles el afecto y la admiración de la niñez y juventud, afectos sutiles y etéreos que transforman la prosa del cotidiano vivir en rítmico hosanna a los héroes y grandes que gozan en nuevo olimpo la gloria de la paz.

Pujol recibe el homenaje con expresión serena. En su rostro de perfil acentuado marcó el escultor las líneas, que agrandando los ojos dan una cierta melancolía a su mirar. El pliegue casi imperceptible de su frente nos dice la constante preocupación del prócer por la grandeza de su patria. La barba algo rala y ensortijada forma marco a esa faz que no supo de sonrisas y que nos parece está escuchando hoy nuestras palabras como escuchara un día en las playas del Paraná, la voz misteriosa que hablándole de los futuros prodigios de la raza, inspiraba sus grandes proyectos civilizadores. Viste traje civil, aunque bien podía llevar la toga doctoral el que llegó en 1842 a su terruño en guerra, desde la tranquila Córdoba, en cuyos claustros universitarios aprendió a deleitarse con las obras de Homero y de Virgilio.

Corrientes, la provincia heroica, a la que se llamó un día "la hija del sacrificio", dió a la República ejemplos de virilidad y abnegación colectiva, pero le ofrendó también, para nombrar sólo a los hombres-cumbres, la gloria de la espada y la gloria del pensamiento. La primera surgió de las florestas del Guabirabí para actuar en la era bélica y realizar la emancipación del país, esplendiendo con el nom-

bre de San Martín. Nació la segunda en las tierras que perfuma el naranjo, a orillas del Santa Lucía, actuó en la hora agitada de la organización nacional iluminando el cuadro con los lampos de su talento y se llamó Pujol.

Pujol tuvo de Rivadavia el mirar profético, de Sarmiento la pluma con agudeces de espada y de ambos la preocupación constante por la instrucción popular. Como el uno y como el otro no fué militar, ni le agradó el manejo de la lanza mortífera, aunque sus ideales democráticos le hicieron como a Sarmiento empuñar la espada, llevándole a formar en el comando del Ejército Grande y hacer triunfar en Caseros los ideales de libertad sustentados por los hombres de Mayo y destruidos bajo la égida del tirano.

Actuó en el escenario nacional pero preferió volver al terruño amado y velar por su pueblo exhausto por la guerra.

Yá en el gobierno de la provincia, llamó a los hombres de mirar triste y ceño adusto y les señaló el camino del trabajo y del honor.

Y el guaraní de paso lento empezó a guiar el arado. Cayó el grano en las sementeras y la tierra regada con sangre de héroes y de mártires colmó de frutos las toscas manos del campesino y en sus rostros sudorosos curtidos por el sol, floreció la sonrisa del triunfo sin pesares, la alegría del trabajo fructífero.

El desierto cubrióse de pastos, el silencio de los campos se interrumpió con la algarabía de las hie-

rras y el grito del domador. De todos los lugares de la provincia, llegaban poco después a la capital los productos de cañaverales y las carretas cargadas de algodón. Pujol acababa de inaugurar el Museo y la Exposición Provincial Permanente poniendo a su frente al sabio Bonpland, al que debe la Argentina el estudio de la flora y fauna de gran parte de su territorio.

El doctor rubio y bizco, de elegante levita y gesto imperativo después de señalar a los hombres las rutas del trabajo, llamó un día a los niños, abrió escuelas, nombró maestros y dió a la provincia la célebre ley de educación primaria, adelantándose en 30 años a la famosa ley nacional 1420, que sorprendió a la República declarando la instrucción primaria gratuita y obligatoria.

No os parece que se conmueve el bronce? Qué siente el héroe el mareo de la apoteosis?... En un pobre villorio alejado de los centros de civilización y cultura, en una aldea en que se hablaba el idioma aborígen, a mediados del siglo XIX, un correntino soluciona uno de los problemas más graves del momento y se anticipa al gobierno nacional poniendo en manos de los niños ricos y de los niños pobres, el libro, baluarte de las democracias que abriéndole nuevos horizontes les guiará cual antorcha por las sendas del progreso.

Y como si esto no fuera bastante inaugura la primera "Escuela Normal de Preceptores" que tuvo el país, se dirige enseguida por circular a los jueces de paz de los departamentos pidiéndoles envíen 3

jóvenes de 16 a 20 años para inscribirlos en la nueva escuela, crea becas para que los alumnos aventajados puedan seguir estudios universitarios, funda un conservatorio de música para la educación artística de la juventud, crea el primer teatro para solaz del pueblo, ordena la construcción del templo de Nuestra Señora del Rosario, hoy Catedral, hace levantar puentes, (entre ellos el de la Batería que había de ser histórico), cuida los caminos, funda una sociedad de beneficencia femenina para que las patricias correntinas piadosas y cristianas protejan al pobre y al desvalido con el óbolo de su escarcela y la bondad de su corazón.

Por eso es digna de todo elogio la iniciativa de la señora Directora, quien con elevado criterio dispuso erigir este bronce y emplazarlo en el frente de la escuela, en medio de floridos arriates y en el lugar en que convergen el bullicio de las calles y las voces de maestros y alumnos, que se afanan en las aulas en solucionar los problemas de la ciencia o en el constante anhelar de la belleza, entremezclándose a las voces cristalinas que llegan desde los patios, donde la infancia alza su algarabía en cascabeleo de carcajadas y en inquieto solaz.

Pujol amó a la niñez y la enriqueció con la cultura, respetó a las damas y las reunió solemnemente, como lo hiciera otrora Rivadavia. Consideró a la mujer como indispensable en el adelanto de los pueblos. Es que ella fué siempre la primera en vislumbrar las grandes verdades. "Una mujer fué la que comprendió la grandeza del Hombre-Dios, cuando

en medio de la turba que lo despreciaba se acercó a Jesús en la calle de la Amargura para enjugar con su tocado el divino rostro. Una mujer fué la única que ante el hombre que todos creían loco por sus proyectos y loco por sus ambiciones — vislumbró la grandeza del genio y puso en sus manos el estandarte de Castilla y de León". Por esa intuición femenina y por su corazón noble y afectuoso es la mujer la maestra por excelencia, guía del niño en sus primeros balbuceos del a b c y por todo ello bien está Pujol en un establecimiento de cultura femenina, tanto más que está aquí por la acción de maestras correntinas que saben amar las tradiciones y respetar las glorias de este pedazo de tierra, que arrullan ríos cual mares y en la que la raza conserva el valor indómito del aborígen y el espíritu de ensoñación del hispano.

Señoritas exalumnas:

Me es sumamente honroso y grato agradeceros la donación en nombre de la señora Directora, y en el de todos los que en esta casa compartimos y orientamos con amoroso empeño las inquietudes de la juventud, a la que consagramos lo mejor de nuestro intelecto y de nuestro sentir.

En este busto se aunan el Arte y la Historia: el amor a lo Bello y el amor a la Patria, lo que nos dice de las exquisiteces de vuestras almas formadas en el hogar patricio de la raza.

Habeis sido vos, señora Directora y vosotras señoritas exalumnas las que habeis tenido la intuición de hacer plasmar en bronce imperecedero la

austera figura del gran estadista y gracias a vuestro gesto, una institución escolar rinde por vez primera el público homenaje, que merecía el creador de escuelas y el precursor de la ley de educación común.

El prócer recibió yá el homenaje de su pueblo, cuando en Saladas, en la casona colonial de amplias piezas, corredor con alero y patio florido, colocóse hace unos años la placa que la transforma en lugar histórico.

Un busto en la Casa de Gobierno dice de su múltiple actuación como diputado, como ministro y como gobernador ejemplar.

Pero hoy suenan las dianas triunfales, la multitud bate palmas de alegría, es que acaba de emplazarse el busto de Juan Pujol en la Escuela Normal de Maestras que lleva su nombre y las miradas de todos convergen en la frente nimbada del prócer de los próceres, porque fué paladín de la libertad, de la paz, de la instrucción, de la cultura y del trabajo, señalando a su pueblo y a la Patria con el gesto seguro del vidente, los senderos del Progreso en que se aunan la riqueza y el saber.

He dicho.

Nota: De la obra "Cruzada de Caseros", del Dr. Valerio Bonastre, fueron tomados los datos que ilustran este trabajo.

LA BELLEZA

Conferencia pronunciada en el Teatro Argentino de Resistencia en la velada inaugural de la "ACADEMIA DE BELLAS ARTES E IDIOMAS JOSEFINA CONTTE", filial de la de Corrientes.

LA BELLEZA



LA CONCEPCION
(de Murillo).

Con íntima satisfacción inicio este acto solemne con que la "Academia de Bellas Artes e Idiomas Josefina Contte" inaugura su filial en Resistencia, la capital de este territorio prodigioso que ofrece al hombre los árboles seculares de sus bosques, que van cayendo pesadamente bajo el golpe del hacha, mientras saturan el ambiente los perfumes resinosos y más allá el algodón desflora sus niveos copos en holocausto al progreso del territorio y de la patria.

Es una Academia de Bellas Artes la que se inaugura y todos nos hallamos bajo delicada impresión estética como consecuencia del aspecto suntuoso de esta sala, en que flotan efluvios de juventud y armonía, transportándonos en alas del sublime sentir al reino de la fantasía y el ensueño.

Bellas Artes! Ellas buscan en inquieto y constante afán: la belleza y el término escueto y breve nos sorprende y anonada cuando tratamos de buscar su contenido y esencia.

Platón nos dijo que lo bello es el esplendor de lo verdadero y su discípulo Aristóteles agregó que la contemplación de la belleza es el principio del amor. Solo se admira cuando se ama y no se ama sino se admira.

Pero recién a mediados del siglo XVIII Baumgarten crea la estética separando el problema de lo bello de los múltiples que estudia la filosofía.

Este filósofo alemán nos presenta tres perfectos: la verdad, que es lo perfecto reconocido por la razón, la bondad que es lo perfecto alcanzado por la voluntad y la belleza que es lo perfecto reconocido por los sentidos. La encarnación de lo bello está en la naturaleza, de ahí que el ideal supremo del arte consista en imitarla y copiarla.

Teoría completamente distinta es la de Sulzer que sólo considera bello lo que produce un sentimiento moral y Moisés Mendelssohn, el filósofo antecesor al músico en casi un siglo, va más lejos en su tesis porque sostiene que el único fin del arte es la perfección moral.

Según los conceptos de Sulzer y Mendelssohn los cuadros de las madonas de la escuela florentina ya solas o con el Niño y San Juan son bellas, no por la forma y el colorido sino porque despiertan en el alma sentimientos de pureza, de candor, de inocencia, de amor maternal como para un cristiano la Cena sea de Leonardo, de la escuela flamenca o cualquier otra, es sublime por el momento trascendente que evoca y en el caso especial de la de Leonardo por los sentimientos de tristeza que impone la dulce figura de Jesús en el momento en que asegura a los discípulos amados: "uno de vosotros me hará traición". Estos conceptos destruyen la teoría de Baumgarten porque para hallar la belleza en esta forma no bastan los sentidos, se precisa también el intelecto y el corazón, aunque vere-

mos luego que la teoría kantiana aísla también aunque en forma diferente el concepto de lo bello.

Contemporáneo de los anteriores Winckelman niega que el arte deba tener un fin moral y establece tres especies de belleza: la belleza de la forma, la belleza de la idea que se expresa por la posición de las figuras y la belleza de la expresión que resulta del acuerdo de las dos bellezas anteriores. Esta belleza de la expresión que es el fin supremo del arte, la realizó el arte antiguo y por consiguiente el arte moderno debe tender a imitarle. La más interesante de todas las teorías es sin duda la kantiana.

Kant nos dice que el hombre busca dos cosas: la verdad y la bondad. La verdad la busca en la naturaleza mediante la "razón pura", la bondad la busca en sí mismo mediante la "razón práctica" pero aparte de estos dos medios de perfección el hombre posee una capacidad de juzgar que puede producir "juicios sin conceptos y placeres sin deseos" y esta capacidad de juzgar es la base del sentimiento estético. La belleza según Kant es desde el punto de vista subjetivo lo que gusta de una manera general y necesaria sin concepto y sin utilidad práctica. Desde el punto de vista objetivo es la forma de un objeto que nos agrada con tal de que este objeto nos agrade sin cuidarnos para nada de su utilidad.

Fichte niega la existencia de la belleza fuera de nosotros mismos y nos dice que ella sólo reside en el alma bella.

Una puesta de sol a orillas del Paraná no tiene para Fichte belleza en sí, es el alma bella del espec-

tador la que magnifica el color indescifrable de las olas, es su vista la que se extasía y pone belleza en el disco inmenso del sol, que al hundirse en el horizonte arroja sus rayos de grana y oro como don de despedida a la tierra que es su amada y que debe a sus caricias el que espigue el trigo y cuaje el azahar.

Cuando en medio de la selva, el ruiseñor saluda a la aurora esplendente no es bello el canto del ave, es el alma soñadora del viajero la que da mérito al trino, es ella la que proyecta su emoción en el cielo, en el ave y en la selva.

Ahora bien, sea la belleza lo bueno, lo perfecto, lo verdadero, lo que nos conmueve sin proporcionarnos utilidad; exista por sí misma o sea creación del alma; lo cierto es que el hombre siempre creyó en ella y trató de alcanzarla en distintas formas.

Por eso el origen del arte se pierde en los tiempos. Fué al principio informe, rudo y primitivo como los hombres en medio de los cuales nacía, pero siguió lentamente el curso de los siglos y de la civilización expresando en forma tangible las cualidades de los diversos pueblos, hasta ser el gran auxiliar de la literatura y de la historia en el estudio de los hechos que han conmovido y agitado el mundo.

Del túmulo primitivo se llega al Parternón y a la Catedral gótica, del simple adorno de las armas de piedra y bronce, de las primeras figuras de hombres y animales esculpidos en los mangos de los puñales, se llega a los bajos relieves de los templos griegos y de los monumentos modernos: de los címbalos y timbales de los asirios, de las trompetas de Palestina y

Egipto, de las flautas y cítaras de los griegos, de las vihuelas españolas y las quenas indígenas, se llega a los admirables conjuntos orquestales que nos brindan hoy en raudales de armonía las creaciones más fantásticas del genio humano.

El arte adquirió formas definidas en las antiguas civilizaciones orientales para esplender en Grecia, adormecerse en el Sur de Europa, mientras las hordas bárbaras se disputaban su suelo y surgir con vigores insospechados a mediados del siglo XV, cuando surgían las antiguas ciencias y artes en aras de los nuevos ideales cristianos.

“El Renacimiento fué la edad del crecimiento del hombre, por la brújula creció en el mar, por la imprenta creció en el tiempo, por los descubrimientos en el planeta, por el telescopio iba crecer en los cielos, por la filosofía en el espíritu, por las artes en la historia; por todo en el seno de Dios”.

Fué en esa hora en que España, la que ya había reemplazado en los alminares la media luna por la cruz, cruzó el océano y al hacer flamear el estandarte de León y de Castilla en los dominios indios, fusionó la melancolía del nativo con los ardores quijotescos del hispano, haciendo a los nuevos pueblos el dón magnífico de su creencia, de su ley, y de lo que es más del idioma de Calderones y López, de ese idioma cervantino que iba a prolongar por los siglos, los vínculos filiales de la América con la España bravía y legendaria. Circunscribiéndonos a nuestro territorio fué en las pampas, en las selvas y en las quebradas donde surgió el arte lírico argentino en que se entremezclaron

al plácido sentir aborígen las endechas pastoriles traídas por el conquistador y sus relatos en los que los recuerdos guerreros del medioevo se unían a las leyendas místicas como lo demuestran los romances reunidos por los folkloristas especialmente en Santiago del Estero, Catamarca y Jujuy, cuando en el monótono atardecer pampeano, en las noches lujuriosas de la selva nortea, el español enseñaba al aymará o al quichúa a pulsar la vihuela y a cantar al amor. El extranjero veía en su inspiración lo absoluto y abstracto, el discípulo en cambio cantaba el amor a su compañera, al pedazo de cielo que alcanzaban sus ojos, a la tierra en que estaba su toldo y en ese concreto que inspiraba su canto estuvo la base del sentimiento patrio al que siglos más tarde cantarían sus descendientes en los cielitos de los fogones camperos.

En las regiones rioplatenses no existió arte colonial aunque hubieron algunas manifestaciones artísticas sobre todo en las Misiones, donde los jesuitas utilizaron las disposiciones indígenas para el tallado y la escultura, algunas de cuyas obras se admiran en iglesias y museos.

En las postrimerías del virreynato se despertaron los anhelos de cultura y arte como consecuencia del espíritu liberal de la dinastía borbónica y del libre comercio que mejorando las finanzas predisponía los ánimos a los deleites espirituales. Al americano Vértiz se debieron el teatro, la imprenta, el colegio San Carlos, pero fué a principios del siglo XIX que con el alborar del sentimiento de libertad en toda América surgió en las colectividades el ansia de estudio, el amor

a la poesía y a la música. El sentimiento nuevo de Patria, de Raza, de Libertad fué motivo de himnos, de odas, de obras pictóricas y de esbozos de esculturas en los arcos triunfales, que imitando a Roma se prepararon a los héroes; en pirámides simbólicas y en monumentos a próceres, a fechas, a ideales.

Desde 1810 se suceden las sociedades patrióticas y literarias. Todas tienen vida efímera y sólo periódicos y discursos documentan su labor. En esas sociedades se discuten ideas, se explican filosofías, se leen odas, se abren certámenes y concursos, se ofrecen premios y medallas.

Entre tanto la vasta heredad del Plata se transforma como al conjuro del hada buena. Y el siglo XX encuentra el rascacielo o la mansión señorial en el lugar de la vieja casona de adobe; los campos de trigo han sustituido al pajonal, la locomotora trazó surcos de progreso en todas direcciones y hasta la tapera humilde en que ayer se cobijó la barbarie es hoy escuela en la que al amparo de la enseñanza de Belgrano, los nuevos apóstoles de la democracia forman a la niñez en el amor a la Patria por el estudio de sus glorias y el respeto a sus tradiciones.

En este siglo surge en Corrientes la primera institución creada en la provincia para el estudio de las Bellas Artes. Fué una distinguida dama, Josefina Contte, la que en 1908 cual nuevo Mecenas reunió a profesores expertos para que fueran ofrendando a la juventud los tesoros del arte en sus múltiples manifestaciones.

Más de cinco lustros de vida floreciente posee

esta Academia y consciente de su pujanza ha abierto sus alas y pasando sobre el río majestuoso se posa hoy en medio de la culta sociedad chaqueña que la recibe con afecto porque sabe que en su plumaje hay calor de nido, en sus pupilas visión de cielo y que en sus trinos se aunan el arte y el amor.

El ave trae en su pico conjuntos de armonía que han de elevarse en esta magnífica sala en honor vuestro. No espereis que sean ecos paradisíacos porque el ave os presenta sólo a los polluelos cuyas alas no alcanzaron aún las regiones de éter, pero que unen a su candor juvenil, belleza y disposiciones artísticas, la disciplina del estudio.

La Academia os presenta a sus alumnos como tributo afectuoso de simpatía de la juventud correntina a la juventud de Resistencia.

Señora Presidenta y vosotras todas las que estais empeñadas en la múltiple y vasta acción de la Academia por la cultura artística de la juventud: en muchas ocasiones ví dibujada en vuestros rostros la plácida sonrisa al comprobar que vuestros alumnos fueron siempre los que dieron la nota artística en toda manifestación cultural y social de la ciudad de Vera, pero hoy vuestra satisfacción es plena por la magnitud del acontecimiento que celebráis.

Yo creo que es este acto tan solemne como aquel en que colocasteis la piedra fundamental del propio solar. Pero hay entre los dos una gran diferencia. En aquella hora fué un gran novelista español, el incomparable Blasco Ibáñez el que ofrendó la magia de su verbo a un público entusiasta y fascinado; hoy en

cambio es una voz humilde y pobre la que intenta celebrar el fasto. Ella quisiera tener el alegre tintineo de las áuricas campanas, para que al formular votos en que se aunan el triunfo del ayer y la esperanza del mañana, llegaran hasta muy lejos con acariciante eco como un loor a la Academia que en pos de un ideal supremo de lírico ensueño, viene con sus profesores, que son artistas, a enseñar a amar la belleza y a buscarla en la misma patria heredad. Y el Paraná con sus islas y fantásticas riberas y la selva enmarañada y el bosque centenario y el algodón magnífico y promisor, todo será motivo de interés para los hábiles pinceles mientras en bellas estrofas y en rítmicos sonos se eleve por doquier el himno sublime a la belleza incorpórea, que todos amamos con desinteresada pasión.

He dicho.

JOSE MARMOL

EL POETA PROSCRIPTO

JOSE MARMOL



EL POETA PROSCRIPTO

Epoca: de 1829 a 1852.

Escenario: La Argentina con sus pampas, sus selvas y sus ríos. Ciudades de costumbres patriarcales, tolderías indias e inmensas heredades en que muestra el gaucho su destreza y valentía y en las que pastorea el ganado promisor.

Personajes: muchos, pero entre todos se define con caracteres propios uno solo. Se distingue por su talla de recia virilidad. Su rostro adusto y reflexivo tiene algo de burlón. Tez blanca tostada por la intemperie. Cabellos rubios. Ojos de azul muy claro y de mirar frío y penetrante. Todos lo conoceis. Es don Juan Manuel Ortiz de Rosas.

Sus adversarios nos dicen que es de genio perspicaz, astucia diabólica, espíritu jurídico recio: tiene extravagancias fantásticas y así como Calígula hacía cónsul romano a su caballo para humillar al Senado, Rosas condecoraba a sus histriones con títulos de magistrados supremos.

¿Dónde nació su prestigio? Primeramente en el campo donde el paisanaje le admiraba por vestir como él, chiripá, calzar la bota de potro y manejar con destreza el facón, las boleadoras y el lazo a pesar de haber nacido en la ciudad y pertenecer a una distinguida familia.

Más tarde su regimiento de los Colorados del Monte y su generosidad con la patria, hacen que el pueblo le endiose ofreciéndole el alto sitio del gobierno.

Y Rosas en ese momento ofrecía a su pueblo según la opinión de Ibarguren un pasado austero, ejemplo de moralidad en el hogar y en la escena pública, una existencia forjada en el trabajo rudo y salubre del campo, una obra fecunda en beneficio de la campaña y una acción pública que resaltaba por su eficacia y su amor a la disciplina" (1).

Pero desde el momento de su ascensión al poder empezó a extenderse sobre la llanura inmensa, en que aún resonaban las dianas triunfales, una nube que partiendo de las playas del Plata había de sumir a todas las provincias en la tristeza; los campos quedaron yermos por la sangre derramada en fraterna lucha y la Patria, que orgullosa había contemplado las hazañas inmortales de sus nobles paladines, mustia vió el llanto de las madres, las esposas y las hijas mientras desde playas extranjeras llegaron hasta su ara las ofrendas líricas de sus vates como consuelo a su dolor.

Si el "Triunfo Argentino" fué preludio de nuestra épica, si Echeverría conquistó la Pampa para la poesía, José Mármol pulsó la lira de la rebelión y el dolor.

Gutiérrez comparó a lira argentina con un arpa eoliana que ha resonado al soplo de los huracanes y de los aires mansos de la patria. Ella cantó epopeyas

(1) Carlos Ibarguren. "Juan Manuel de Rosas".

como la de Homero, cantó a héroes como la de Ossian, alabó a Dios como la de David y cantó la resignación y la esperanza como la de Job.

José Mármol espíritu soñador y viril quiso para su patria la libertad democrática y con enérgico gesto protestó contra el que presionara sobre la libertad ciudadana al mismo tiempo que su alma generosa y cristiana, tenía sentimientos de perdón para el que tanto mal le hiciera, obligándole a dejar la patria que rida para peregrinar en tierra extraña. "Como hombre te perdono mi cárcel y cadenas" le decía a Rosas en medio de las amargas lágrimas con que añoraba su patria.

Poeta excelso, vaticinó la futura grandeza de América que así como un día ofrendara sus riquezas naturales a Iberia, Portugal y todos los que en tren de conquista llegaron hasta ella, más tarde había de ofrecer campos extensos, bosques centenarios; ciudades populosas para el extranjero, que en afán de labor llegara a sus playas.

Dice el poeta en el canto 1º del Peregrino:
Quedad, mundo europeo, ennoblecido padre
de tiempos que a perderse con el presente van:
Quedad, mientras la mano de América mi madre
recoge vuestras hijas y les ofrece el pan.

×

Qué importa? eh! Qué importa. Si no vienes de guerra
nosotros te daremos donde segar la mies:
para que nazcan pueblos, tenemos, sí, más tierra
que espacio para estrellas sobre los cielos ves.

Tus hijos en nosotros encontrarán hermanos,
el sable se ha tirado después de combatir;
venid y cultivemos con fraternales manos,
la prometida tierra, del bello porvenir.

Y es tal su fé en el futuro que señalando el poniente nos dice:

No veis? No parece que el Andes se empina
por ver impaciente si el alba ilumina
los tiempos hermosos que están por venir?
Vendrán y el infeliz
proscripto peregrino alza su mano,
descubierta la frente
y de en medio a las ondas del océano
olvidando el presente
madre de lo futuro te bendice.

Pero así como predijo la grandeza del Continente
Nuevo y la libertad de su patria, su voz de poeta se
alzó con la majestad de las sibilas griegas y dijo al
opresor de su patria:

“Ni el polvo de tus huesos la América tendrá”.

Bajo el cielo gris de la antigua Albión existe un
mausoleo erigido por el amor de una hija abnegada en
cuyo frontispicio se lee: “Juan Manuel de Rosas”.

La Patria que un día condenara con acerbo acento
su actitud de gobernador, más tarde atenuó sus protestas
considerándolo “mal necesario” y hoy trata de reivindicarlo
porque recién después de su tiránico gobierno fué posible
hacer aceptar al pueblo una constitución.

En efecto, las Provincias Unidas que violentamente rechazaron las cartas orgánicas del 17, 19 y 26, es decir las diferentes leyes votadas por distintos congresos, recién después de la caída de Rosas aceptaron la del 53 y se realizaron ampliamente los anhelos federales de Moreno y la unión nacional definitiva por la que clamaron hasta entonces los padres de la Patria.

Se trata de reivindicar a Rosas porque enseñó a respetar la autoridad a un pueblo que sostenía “naide es más que naide”, y más aún porque hizo respetar la nación por el extranjero, pero en muchos hogares argentinos se venera la memoria de los mártires de la tiranía, en algunas provincias vive latente el recuerdo de sus desmanes y atropellos, por lo que no será fácil que se acepte este nuevo juicio de la Historia y el vaticinio del poeta seguirá aún siendo realidad.

José Mármol nació en Buenos Aires en 1818 en los momentos en que se iniciaba la anarquía. Contaba 11 años cuando Rosas asumió el poder. Su espíritu impetuoso le malquistó con el tirano casi desde su adolescencia. Un día al salir de la Facultad, según unos, del correo según otros, lo prendieron los esbirros conduciéndolo a la prisión.

En la cárcel cargado de cadenas escribió vibrantes estrofas contra el tirano y al recuperar la libertad se alejó al extranjero. Es entonces cuando después de algunos ensayos dramáticos que hiciera con gran éxito en Montevideo, escribe su gran poema “Canciones del Peregrino”. El peregrino es un trovador proscripito que ha confiado su destino a los mares y que al

compás de las ondas y los vientos cantará la belleza de la espléndida bóveda estrellada, la libertad, su amor y sus pesares.

Aunque lo titula poema, sus cantos son independientes y están dedicados a la patria y a sus amigos predilectos y estos son, dice el autor, los títulos de nobleza que dignifican al Peregrino.

El bardo proscrito y errante es el protagonista del poema en el que imita a Byron y podemos decir de él como del romántico inglés que sus imprecaciones a los tiranos, sus jubilosos gritos de entrañable amor a la causa de los oprimidos son inmortales. Uno y otro fueron proscritos aunque por diferentes causas. Tienen de común su andar errante, el atacar a los tiranos. Carlos, el protagonista del Peregrino y que es el mismo poeta, es el Child Harold de Byron, pero Mármol posee un alma sencilla, amante de la naturaleza, de la vida y sobre todo de la patria a diferencia del alma tempestuosa y compleja de su poeta favorito.

Byron se alejó de Inglaterra, cantó otros cielos y sucesivamente se hizo español, italiano, oriental y murió griego con la espada de Leónidas en la mano. Mármol en cambio cantó los trópicos pero añoró siempre su patria a la que volvió en cuanto se disiparon las sombras de la tiranía y puso a su servicio toda su capacidad y energía hasta sus últimos años, en que la ceguera le hizo renunciar el cargo de Director de la Biblioteca Pública que es la que se llama hoy "Nacional" y murió en 1871 entre el amor de sus hijos y amigos.

El poeta explica su poema en la introducción al

canto XII. "El Peregrino, dice es un emigrado argentino que viaja en el mar desde el trópico de nuestro hemisferio hasta los 65° Sur, a donde le arrojan las borrascas sin poder doblar el cabo Meridional de América. Durante su viaje de zona en zona, de grado en grado canta la Naturaleza americana, ya por sus recuerdos, ya por los cuadros que se desenvuelven ante sus ojos. Los trópicos con sus océanos de luces y su eterna primavera; el polo con su cielo nebuloso y sus montañas de nieve; el mar en todos sus misterios, en todas sus multiplicadas fases, los astros, las nubes, todo en fin lo que pertenece a la naturaleza es para el peregrino la primera fuente de sus inspiraciones. Pero aún halla otra de más viva y lujosa poesía, su propio corazón: los recuerdos de la patria con su pasado glorioso, con su presente de lágrimas y sangre, con su porvenir rico de paz y de felicidad, como una promesa de Dios".

En "Armonías" figuran las terribles invectivas contra el tirano. Refiriéndose a ellas ha dicho Menéndez y Pelayo: "No creo que se hayan escrito versos más feroces contra persona alguna como no fuesen aquellos antiguos yambos de Arquíloco e Hiponax cuya lectura hacía ahorcarse a la gente aludida".

Y cómo no sentir horror a la tiranía cuando Mármol le decía a Rosas:

Tan sólo sangre y cráneos tus ojos anhelaron,
y sangre, sagre a ríos se desparramó doquier,
y de partidos cráneos los campos se cuajaron,
donde alcanzó la mano de brutal poder.

Qué sed hay en tu alma? Qué hiel en cada fibra?
Qué espíritu o demonio tu inspiración te da,
Cuando en tu rudo labio tu pensamiento vibra,
y en pos de la palabra, la puñalada va?

×

Qué fiera en sus entrañas alimentó tu vida,
nutriéndote en las venas su ponzoñosa hiel?
Qué atmósfera aspiraste? Qué fuente maldecida
para bautismo tuyo te preparó Luzbel?

×

Qué ser velado tienes que te resguarda el paso,
para poder buscarlo con el puñal en pos?
Cuál es de las estrellas la que te alumbra, acaso
para pedir sobre ella la maldición de Dios?

×

En qué hora sientes miedo, dentro de tu férreo pecho,
para evocar visiones, que su pavor te den?
En qué hora te adormeces, tranquilo sobre el lecho,
para llamar los muertos a sacudir tu sien?

×

Prestadme tempestades, vuestro rugir violento
cuando revienta el trueno ,bramando el aquilón
cascadas y torrentes, prestadme vuestro acento
para arrojarle eterna, tremenda maldición.

*

* *

El poeta que horroriza con esos cuadros sangrientos,
con su sed de venganza, se transforma al recuerdo
de María, la doncella delicada y pura que supo inspirarle
tierna pasión. El bardo pulsando las cuerdas
más armoniosas canta su noble sentir que:

No era ese amor frenético y ardiente
que arrebató la calma
más que del corazón, de los sentidos;
con esa tierna abnegación del alma
que ni siente placer, ni dolor siente
sino en el alma del objeto amado.

.....
.....

Eres mi Dios, mi hermana, mi querida
y mi esposa también. Palabras santas
dádivas del Señor para la vida;
puras como las lágrimas del niño,
tiernas como los besos de una madre,
palabras, sí, que el corazón no miente,
riquezas de cariño,
con que adorna mi amor tu blanca frente.

Estas dos composiciones inspirada una por el enemigo y por la amada la otra nos dan las notas extremas de esa lira. Enérgica, rebelde, vengadora una cual la de Arquíloco; suave, tierna, dulcísima la otra cual la de Bécquer, el poeta que paseara sus romanticismos por el barrio de Triana y las orillas del Betis.

Mármol además de poeta es novelista y una obra bastó para consagrarlo como tal. Del punto de vista retórico esa novela tiene muchos defectos. Hay en ella galicismos, faltas de concordancia y régimen, pero es una obra, al decir de Menéndez y Pelayo que sin ser literaria despierta la curiosidad y es interesante. Así lo demuestra su popularidad y el haber sido traducida al francés y al alemán. Amalia es una

novela ante todo histórica. Describe con trazos admirables una época. Toma sus personajes de la realidad. Las descripciones que hace de los lugares son exactos. Es natural que la pasión partidista mueve la pluma del escritor que empezó su obra en el ostracismo para terminarla después de la huida del tirano como consecuencia de Caseros.

El argumento de la novela es interesante: Seis unitarios intentan huir a Montevideo pero son descubiertos y sólo Eduardo Belgrano escapa a la matanza gracias a su amigo Daniel Bello que lo arrebató herido a los mazorqueros y lo esconde en casa de su prima Amalia. Los agentes de Rosas se empeñan en dar con el paradero del fugitivo. Entretanto Daniel, unitario encubierto, conspira con los emigrados y franceses que deberán obrar de acuerdo con Lavalle que se acerca a Luján. Eduardo entretanto se enamora de Amalia. La derrota de Lavalle obliga a los unitarios a huir. Ante la separación obligada Eduardo y Amalia se casan y mientras esperan el momento de partir son sorprendidos por los soldados de Troncoso, que matan a Eduardo e hieren a Daniel, cuyo padre llega en forma inesperada y pone fin al ataque.

Es una novela romántica por los caracteres de los personajes, por el desarrollo de la acción. Amalia Saenz de Olabarrieta, la linda viuda, la hermosa tucumana de sensibilidad exquisita es un ser predeterminado al dolor. Amada por su padre con idolatría lo pierde cuando aún no había salido de su niñez, amada por su esposo como hermana y como hija queda

viuda al año de su enlace. Se refugia entonces en el amor materno, supremo entre todos pero, a los tres meses pierde también a la madre y Amalia en su soledad como las flores sensitivas que se contraen al roce de la mano o a los rayos desmedidos del sol se concentra en sí misma a vivir con las recordaciones de su infancia, alumbrada con los rayos diáfanos de las ilusiones.

Amalia es una figura netamente romántica. Veamos algunas escenas.

Eduardo se declara de rodillas y pone a Dios por testigo de sus juramentos.

Daniel discute con su novia, la hermosa Florencia, en cuya alma pura la maledicencia federal ha despertado la duda sobre la lealtad del amado. Y éste confundido se precipita a sus piés y de rodillas oprimiendo entre sus manos las de ella le dice: "Por el amor del cielo, por tí que eres mi Dios y mi universo en este mundo, explícame tus palabras. Yo te amo. Tu eres mi primer amor, el último amor de mi existencia. Esta te pertenece como tu alma, luz de mi vida, encanto angelical de mi corazón".

Era costumbre de los novelistas, en especial de los románticos el describir así esos cuadros, lo que hacía que muchas jovencitas soñadoras esperasen la llegada del galán que con una rodilla en tierra y la mano sobre el corazón le hiciera ofrenda de su vida.

Mármol con pinceladas llenas de colorido describe los personajes de su novela.

Daniel Bello, joven hermoso y culto, de cabellos castaño oscuro, patilla rala que se abría artificio-

samente en la barba según la prescripción federal. Su temeridad es admirable, su espíritu activo haciendo mil diligencias de la índole más diversa a un mismo tiempo, nos desconcierta. Sin más armas que su valor, sin más auxiliares que su talento, es una especie de conspiración viva entre Rosas. Los federales le quieren, las damas por frívolo y enamorado, los hombres por ser un joven cuya inteligencia creen se prepara para servir un día a la santa causa.

Uno de los párrafos más sentidos es el que dedica a Diego Alcorta, el profesor que más influyó en su formación ideológica. "Cada hombre de la generación a que pertenecemos, dice Daniel a Eduardo, y que ha sido educado en la Universidad de Buenos Aires es un compromiso vivo, elocuente del doctor Alcorta. Somos sus ideas en acción. Somos la reproducción multiplicada de su virtud patricia, de su conciencia humana, de su pensamiento filosófico. Desde la cátedra él encendió en nuestros corazones el entusiasmo por todo lo grande: por el bien, por la libertad, por la patria".

Mármol con trazos enérgicos nos presenta a doña María Josefa Ecurra, la poderosa aliada de su cuñado. Mujer de pequeña estatura, flaca, de fisonomía enjuta, ojos pequeños, cabello desaliñado y canoso en el que flotaban las puntas de un gran moño rojo. Describe su casa, antiguo caserón colonial al que acudían a diario las mulatas y gentes del pueblo a vender sus delaciones y a ofrecer dádivas como muestra de adhesión a la Santa Causa Federal.

La pluma del escritor que empapada en hiel

describe a Juan Manuel y a doña Josefa, se torna irónica al tratar a don Cándido Rodríguez, nombre que encubre seguramente a un maestro de los muchachos porteños; se encarniza con Viguá y Eusebio para dulcificarse por completo al retratar a Manuelita, a quien considera "lo único bueno de la familia de Rosas". "Quizás lleguen a hacerla mala, nos dice, pero la naturaleza la ha hecho excelente".

La tiranía fué un drama real, por eso los escritores, novelistas y poetas encontraron en él rica fuente de inspiración. Mármol es el primero que lo utiliza, pero escribe bajo la impresión de los males que ese gobierno le ocasionó directamente. Otros novelistas presentan los cuadros de esa época con más suavidad. Cobos Darac, por ejemplo, en su hermosa novela "Estrella Federal" nos ofrece un Rosas más humano y social que con gran energía impide la intromisión de los poderes extranjeros en los asuntos de las Provincias Unidas. Reconoce su tendencia a la crueldad pero la disculpa por su empeño al bien de la Patria. Hugo Wast en la "Corbeta Celeste", Groussac en "Divisa Punzó", Rossi en "Manuelita Rosas", Blomberg y Viale Paz en "Bajo la Santa Federación", Carlos Ibarguren y Antonio Dellepiani todos están contestes en reconocer en Manuelita un símbolo histórico de amor filial y en que fué la imagen de la bondad y el idealismo en la que se ha llamado "la noche trágica de la tiranía".

José Mármol brilló entre sus contemporáneos por sus dotes intelectuales. Es para los argentinos el poeta valiente que en la cárcel escribiera con car-

bón en las paredes de su celda terribles anatemas, es el poeta proscripto que cruza la América y los mares sin más riqueza que su lira, ni más esperanza que el ideal de libertad democrática; el más popular de los escritores porque sus obras sintetizan una época y expresan el sentir de un pueblo, el poeta admirado hasta por Sarmiento, que no creía en la misión social de la Poesía, poeta que electrizó a los hijos del Plata con aquellos cantos que repetía el eco en los juncos que columpiaba la brisa en sus orillas y que leen hoy con emotiva curiosidad las nuevas generaciones argentinas.

Nota: Esta conferencia fué patrocinada por la Universidad Nacional del Litoral.

LA ALDEANA DE CAPRIGLIA

Conferencia pronunciada en el Colegio Salesiano en los festejos a San Juan Bosco.

26, Abril 1934.

LA ALDEANA DE CAPRIGLIA



MAMA MARGARITA

En la península itálica, al pie de los Alpes que con sus nieves enriquecen el magnífico Po, extiéndose una hermosa campiña, en la que se mecen las espigas impulsadas por el viento y en la que se agrupan formando bosquecillos: el oscuro olivo, el claro nogal, algún que otro castaño cargado de erizos y donde el álamo ofrécese de sostén a las vides que entrelazan en caprichosas e interminables guirnaldas.

En esa campiña está el pueblo de Capriglia que pertenece a Castelnuovo de Asti y ahí nació Margarita Occhiena, la que Dios había destinado para madre de San Juan Bosco. Eran sus padres humildes campesinos que alternaban el trabajo con la oración y cuya rústica apariencia ocultaba la más acrisolada virtud.

Finalizaba el siglo XVIII y las sociedades se sentían convulsionadas por las nuevas teorías filosóficas de los enciclopedistas, encabezados por Rousseau, Malabert y Diderot. Italia y España por su situación geográfica eran las que más debían sentir la influencia de la revolución francesa. Austria y España reinaban en Italia pero la que gobernaba era Francia. Toscana y Milán pertenecían al Austria pero el duque Leopoldo I y el conde de Firmian, sus respectivos gobernantes eran de la escuela francesa. En Nápoles, Placencia y Parma gobernaban príncipes españoles, pero eran

príncipes borbones descendientes de Luis XV. En Piamonte reinaba la casa de Saboya con su rey de las dos Sicilias y luego de Cerdeña, pero el pueblo sentía afinidad por su vecino de allende los Alpes, cuyas cimas cubiertas de nieve se recortaban en el éter en las claras mañanas de Mayo, atrayendo las miradas de los sencillos piamonteses.

Tenía Margarita 9 años, cuando en julio de 1797, se oyó resonar en los valles el repique continuado de las campanas golpeadas a martillo. El pueblo se había levantado contra su rey proclamando la República y con la ayuda de los emisarios franceses había obligado a Carlos Manuel IV a que abdicara retirándose a Cerdeña.

Poco después llegaba a Turín desde Roma un noble anciano, Pío VI que a pesar de sus 82 años y de la debilidad de su estado, debía atravesar los caminos de nieve de la montaña para retirarse a Valencia del Delfinado por orden del Directorio... Y el patriota sufría por su rey y el católico por su pontífice, mientras reinaba en el Piamonte la más cruel de las miserias como consecuencia de la guerra que había llevado sus hombres y que le imponía los más pesados gravámenes.

Las madres lloraban por la suerte de sus hijos. Las iglesias se veían despojadas de sus ornamentos y obras de arte y muchas de sus torres permanecían mudas porque las campanas había sido fundidas para fabricar cañones.

La pobre familia de Capriglia apenada por la suerte de la patria y de la religión sufrió con entereza

las privaciones de la época y poniendo su confianza en el Señor, supo vencer con el trabajo, el orden y la economía a la miseria y el dolor.

Así creció Margarita en esta escuela de privaciones y angustias que moldearon su alma en la virtud y fortaleza. Pasaba los días entregada a los quehaceres domésticos y de la campaña, dedicando los momentos que se le daban libres a las prácticas devotas.

La iglesia, adonde iba a cumplir sus deberes religiosos y a escuchar la palabra de Dios, era el lugar de sus delicias, el centro de sus afecciones. De ella salía un día Margarita, cuando ya contaba 24 años. Llevaba un vestido verde cuya falda de anchos pliegues apenas dejaba ver el pie pequeño aprisionado en un zapato bajo y escotado. Un pañuelo de género estampado le cubría ligeramente la espalda. El delantal amplio, los puños blancos y la cofia de complicados pliegues demostraban el cuidado que ponía la joven en su vestir. Al brazo llevaba el manto de lana de variados y vivísimos colores tejido en el invierno. Sus cabellos recogidos en trenzas formaban óvalo al semblante risueño que transparentaba la bondad de su alma. Con los ojos bajos volvía al hogar después de haberse elevado por medio de la oración hasta Dios. Así la vió Francisco Luis Bosco campesino trabajador y honrado que conociendo los méritos de Margarita quiso hacerla su esposa.

Y Margarita dejó Capriglia para ir a Becchi, pequeño caserío de humildes viviendas que la recién casada adornaría con su gracia y su virtud.

Entró al nuevo hogar como madre porque Bosco

tenía un niño de nueve años, hijo de su primer matrimonio, al que Margarita siempre había de colmar de cuidados y de afecto.

Entre tanto, la guerra que había empezado con la declaración de la República del Piamonte, había seguido con el triunfo del rey para terminar con la caída de Napoleón I y su retiro a Santa Elena. A Carlos Manuel IV había sucedido Victorio Manuel I; Pío VII ocupaba el solio pontificio y en 1815, todo el Piamonte palpitó de emoción y de alegría mientras desde Turín, la reina del Po, las campanas echadas a vuelo y el retumbar de los cañones anunciaban los festejos extraordinarios con que la Casa Real y el pueblo acogían al pontífice, que por la séptima vez visitaba los países subalpinos.

Y en esa hora extraordinaria de emoción y de júbilo abrió sus ojos al mundo el "niño de Becchi" el fundador de esa obra admirable que se llama salesiana y que había de realizar el milagro de educar multitudes, de levantar de la nada: escuelas, talleres, institutos que habían de extenderse de Turin a Marsella, Lieja, Barcelona para llegar hasta el Asia, el Africa y la Patagonia.

Y la pobre casita de Becchi esplendió en armonías con el triunfo del amor. Los arrullos y canciones maternas llegaban como un eco hasta el corazón del padre que en medio del campo hundía con más fuerza el arado, para extraer de la tierra los dones necesarios a la vida familiar.

Pero, la adversidad acechaba al pobre campesino y antes que el pequeño Juan, que era su tercer

hijo, tuviera dos años, expira en la paz del Señor.

La familia quedó sumida en la consternación y la miseria.

En toda la región de Piamonte, la cosecha, que era su único recurso, se había perdido ese año por las heladas fuera de estación. Los campos y los prados ofrecían un espectáculo desolador. Los comestibles se vendían a precios fabulosos. Narran los cronistas que en 1816 y 1817, los mendigos pedían un poco de salvado para poner en el agua en que hervían porotos y garbanzos que eran su único alimento.

En el momento de prueba los hombres vuelven sus miradas hacia Dios y se vieron públicas demostraciones de penitencia, cuando después de tanta indiferencia religiosa traída por la revolución parecía que no debían reaparecer. La población extenuada peregrinaba de santuario en santuario, descalza, con cadenas en el cuello y pesadas cruces sobre las espaldas pidiendo misericordia. De vuelta a los hogares enloquecidos por el hambre y el cansancio, pedían con voz débil una caridad y comían el puñado de salvado que les daban, humedeciéndolo para ablandarlo con sus propias lágrimas.

A Margarita, cuyo corazón estaba traspasado por el dolor, le tocó hacer frente en tan triste momento a las necesidades de su familia, pero ella conocía las malas épocas por haberlas visto de cerca, en su niñez y juventud y sabía vencerlas. Con su trabajo, con la economía constante y sobre todo con la ayuda de la Providencia, alcanzó a dominar la terrible crisis.

Y dejando de lado los afanes de Margarita por la vida material, nos concretaremos a tratarla como madre, en la faz hermosa que asume la mujer cuando descansando el niño sobre su regazo, acariciando sus manecitas inquietas, sus bucles sedosos y su tez de rosa, empieza a moldear esas almitas que bajaron del cielo y a él deben volver.

La madre es la educadora: de ella recibe el hombre la suavidad, la ternura, la intuición del bien, las cualidades que le dignifican y le elevan.

La humanidad va conservándose a pesar de las enfermedades físicas y morales que la amenazan de continuo, gracias a la madre que por razones fisiológicas y psíquicas conserva las adquisiciones del hombre a través de los siglos, fijando las que mejoran la raza y destruyendo lo anómalo y perjudicial.

Los maestros instruirán a la niñez. Educarán los sentidos en las clases objetivas, desarrollarán la imaginación y la memoria con la enseñanza geográfica, histórica; el razonamiento con las matemáticas, el gusto con la música y el canto, pero la formación del corazón solo la madre es capaz de realizarlo o aquellas mujeres virtuosas que sin serlo, depositan en un huérfano toda la ternura infinita de sus almas.

Margarita fué la gran educadora de su hijo. Ella se preocupó en formar el alma infantil, el concepto de Dios y del bien.

En primavera, al ver la madre que el niño se extasiaba al contemplar la campiña cubierta de flores, al escuchar el murmullo del arroyo que bajaba jugueteando desde la riente colina, al ver la primer

flor en el temprano almendro y el último copo de nieve en la montaña lejana, bajo un sol esplendente que invitaba a la vida y el placer; la madre exclamaba: "Cuántas cosas hermosas ha creado el Señor para nosotros!".

Cuando en la noche serena, rielaba la luz de la luna en diminuta corriente y brillaban los luceros entre el titilar de las estrellas, al admirar ese espectáculo impresionante por su misteriosa belleza, la madre decía a su hijo: "Dios ha creado el mundo poniendo allá arriba ese sinnúmero de estrellas". Si es tan bello el firmamento, como será de hermoso el reino de los cielos!

Si sobrevenía un temporal y al silbido del viento, corrían los niños a refugiarse a su lado encogidos y atemorizados por el centellear de los relámpagos y el retumbar del trueno, decíales la madre: "Cuán poderoso es el Señor! Quién podría resistirle? Por lo tanto es necesario portarse bien y no caer nunca en falta!".

Si la helada destruía la cosecha. Dios lo había querido y era preciso resignarse y enseñaba así al niño que en la vida ante cada contratiempo es necesario reaccionar con nuevos ánimos y energías.

Si en cambio el año era bueno, había que agradecerle al Señor con alegría porque proporcionaba a sus hijos el pan cotidiano .

En las noches de invierno se reunía la familia alrededor del fuego para escuchar los cuentos de la abuela, mientras se asaban las castañas al rescoldo. Fuera caía la nieve en abundantes copos, se conge-

laban las aguas y soplabá un viento helado. La madre entonces hacía reflexionar a sus hijos diciéndoles: “¡Cuán agradecidos debemos estar al Señor que nos provee de todo lo necesario. Dios es verdaderamente nuestro padre! Padre nuestro que estás en los cielos!”...

Y así en esta forma ingénua solucionaba ella el eterno problema de Dios, con una teoría que los filósofos llamarían egocentrista pero que para los fines que ella perseguía era irreemplazable.

Y al mismo tiempo que iba formando en el alma infantil el concepto de Dios, de su bondad, y de su justicia, cuidaba que las acciones del niño estuvieran siempre de acuerdo con el mandato divino. Y para ello afluía constantemente a sus labios la gran palabra “Dios te ve”.

Si Juancito iba al prado vecino a jugar con otros niños de su edad, le despedía diciéndole: “Recuerda que Dios ha de ver todo lo que tu hagas”.

Si lo encontraba pensativo y temía que disimulara algún pequeño rencor; o le parecía que el niño se disculpaba con alguna mentira, le susurraba al oído: “Acuérdate que Dios te ve y ve también tus más escondidos pensamientos”.

Y el niño que empezaba el día orando con las manos juntas y la mirada en alto, se iba acostumbrando a ver en la gota de rocío, en la flor, el ave y la estrella, la obra del Señor, juez imparcial y bueno, que veía todos sus actos y penetraba hasta en sus pensamientos recónditos.

La oración debe ir acompañada del trabajo que

ennoblece, que es una forma de orar y fuente de todo bienestar y alegría. Por eso Margarita acostumbró a sus hijos desde muy pequeños al trabajo, a preparar el algodón que se había de hilar, primero, y a cuidar la vaca en el prado umbroso más tarde y a trabajar siempre con alegría, con la sonrisa que ilumina el semblante, con esa sonrisa que San Juan Bosco heredó de su madre, como heredó también de ella el amor a la niñez y las normas de ese su sistema pedagógico especial, que se basa en el afecto, en el inspirar confianza al alumno y que se rige por el principio froobeliano de "enseñar jugando".

La madre conocía el dolor, la amargura de las lágrimas ocasionadas por el duelo y la miseria. Ella misma había sufrido de niña, de joven, de recién casada. Había visto hogares sin pan y mujeres que lloraban por sus hijos muertos en el campo de batalla. Y esos dolores propios y ajenos habían formado en su corazón un sentimiento noble de caridad que exteriorizaba constantemente.

Compartía con el pobre el pan que amasaba cada semana, el aceite de sus olivos, la harina de sus espigas y el vino de su lagar.

Como su casita estaba rodeada de bosquecillos, más de una vez llegó a su puerta en la noche, un pobre, un viajero extraviado en su camino, algún joven escapado de la leva que vivía vagando por la campaña y hasta el real carabinero; y para todos tuvo siempre Margarita un sitio en su mesa y un albergue para el descanso.

Si sabía que en la aldea había un enfermo, lle-

gaba hasta su lecho llevando al hijo de la mano y mientras ella arreglaba la habitación y preparaba el remedio o el alimento, Juancito iba a llamar al pariente o al amigo o bien iba hasta el campo en busca de las hierbas medicinales que habían de calmar el dolor.

Y así, con el ejemplo, con la afectuosa vigilancia sobre todos los actos infantiles, la madre formó el alma abnegada y santa del niño, destinado por Dios para ser el apóstol de la niñez y la juventud. Por eso la familia salesiana al cantar el alegre hosanna a la santificación del fundador de la "Obra", fija su mirada afectuosa en la madre, la mujer que dejando un día su querida casita de Becchi, acompañó a su hijo a Turín para ser la madre del pobre, del necesitado y compartir con el apóstol los duros momentos de escasez y de prueba.

Y en cada escuela, cada taller, cada oratorio salesiano se pronuncia el nombre de "mama Margarita" considerada como el ideal de la mujer toda virtud y fortaleza de que nos habla el Evangelio.

Sea su recuerdo norma de conducta de las madres cristianas que forman sus hijos en la caridad, el trabajo y la oración, las flores de perfume imperecedero que saturando las sociedades y los pueblos han de permitir a la humanidad seguir en la tierra los caminos de Dios.

EL CONGRESO DE TUCUMAN
SUS IDEALES DE LIBERTAD
Y FRATERNIDAD AMERICANA

EL CONGRESO DE TUCUMAN



FRAY CAYETANO RODRIGUEZ

EL CONGRESO DE TUCUMAN
SUS IDEALES DE LIBERTAD
Y FRATERNIDAD AMERICANA

Tucumán, la ciudad de las flores, ha sido llamada también la morada del ensueño que refulge a la distancia como una ascua de oro sobre el oro de sus cañaverales, y vista de cerca se la ha comparado con un diamante colosal, engarzado en la joya inmensa de la prolífica tierra americana.

A San Miguel de Tucumán "cuna de la independencia", "sepulcro de los tiranos", "Edén de América", Dios le dió situación mediterránea. Al Oeste el Aconquija magestuoso estampa su perfil enhiesto en el éter. A sus pies el valle, los huertos perfumados en que sazonan las pomas de oro, los jardines de mil flores en que liban las abejas el néctar codiciado; los bosques, las granjas, los cañaverales, los cultivos de café y añil, y serpentando entre unos y otros las acequias y regatos que llevan a todas partes la fortuna creadora de sus aguas.

En ese lugar encantador "de otoños sin tristezas e invierno sin rigores" se reunió el célebre Congreso que, por virtud de su entereza heroica, había de dar forma al anhelo impreciso de las colonias de

formar una entidad independiente y soberana, que pudiera incorporarse al conjunto de naciones libres, que regían los destinos políticos del mundo.

La ciudal era en 1816 más o menos como la describe don Ignacio Araoz a través de los recuerdos de don Florencio Sal: una aldehuela de dos cuadras a todos los rumbos de la plaza en la que pastaban animales y merodeaban las vizcachas. Calles sin empedrar y casas de adobe. En la actual plaza San Martín la "Laguna" lugar de pesca y de baños y en los alrededores el punto de arribada y de partida de los convoyes de carretas que formaban ahí una especie de mercado. ¿Por qué la aldea pobre en que retumbaba con más fuerza el trueno y arreciaban las tormentas, fué la elegida para sede de reunión de los congresales? Porque los celos que sentían las provincias hacia la Buenos Aires de la Reconquista, de la Revolución y de la Asamblea del año XIII hizo pensar en una ciudad céntrica de cómodo arribo y no pudiendo ser la Córdoba, prestigiada por visitas de virreyes y sede de la teocracia e intereses hispanos, eligieron a la ciudad del Aconquija, cuyo patriotismo y bravura puestos al servicio de Belgrano, la habían señalado a la consideración de todos.

Ha dicho Avellaneda que no hubo jamás una Asamblea más argentina ni que respondiese mejor al estado moral e intelectual del país. Sus miembros fueron elegidos con la mayor libertad y casi todos habíanse visto obligados a aceptar el mandato de sus conciudadanos después de haber renunciado al cargo.

La elección libre se explica por cuanto las provincias dominadas por caudillos no estuvieron representadas y las renunciadas, por el sacrificio que implicaba el abandono de las ocupaciones y el largo viaje.

Groussac ha descripto la pintoresca llegada de los diputados.

“A caballo unos, en galera los más, en sendas mulas de paso algunos de Cuyo, seguidos por muchos cabestreros con sus cargas de petacas y retobos. Fueron los primeros en llegar los de Buenos Aires y los del Alto Perú, asilados entonces en Salta o Jujuy; les siguieron los de Córdoba, Cuyo, Rioja, Catamarca, Santiago y Salta y por último se incorporaron los de Tucumán cuya elección se anulara varias veces”.

Las familias tucumanas ofrecieron a los delegados la más franca hospitalidad. Los sacerdotes se alojaron en los Conventos y Fray Justo María de Oro pasó los primeros días en Lules antigua reducción jesuítica habitada entonces por los dominicos.

Los congresales en espera de las sesiones entretenieron sus ocios con paseos al campo y tertulias caseras en las que sintieron los halagos de la exquisita sociabilidad de las bellas tucumanas.

Entre tanto, se arreglaba la casa cedida por la viuda de Laguna, derribando el tabique que separaba el salón de una pieza contigua, quedando así la amplia sala con cabida para doscientas personas y que comunicaba por dos puertas con la galería desde la que podía seguirse el desarrollo de las sesiones.

Don Bernabé Araoz facilitó la mesa escritorio

con sus útiles y el sillón presidencial. De San Francisco se trajeron las sillas para los diputados y los escaños para la barra.

El 24 de marzo el Congreso se instaló solemnemente bajo la presidencia del doctor Medrano y después de la ceremonias religiosas que eran entonces de rigor.

El Congreso se reunía en momentos aciagos en que la revolución amenazaba ser sofocada. Los españoles dominaban nuevamente en Chile y Alto Perú. La Madre Patria después de reconquistar Venezuela, Colombia y Ecuador preparaba fuerzas formidables para vengar el gesto altivo de los criollos del Río de la Plata que habían osado deponer a su virrey. Los Arigas y Araoz sembrando las discordias internas producían la inquietud y la indecisión en las almas separando a los criollos en el momento que era más necesaria su unión y concordia.

*

* *

Predominaban en el Congreso los sacerdotes y entre ellos se destacaban Justo Santa María de Oro, Cayetano Rodríguez y el doctor Colombres.

En 1810 Fray Justo Santa María de Oro se hallaba en España; donde le sorprendió la noticia del gesto audaz que había determinado la libertad del antiguo virreynato del Río de la Plata y a pesar de su investidura dominica, él también como San Martín, como Bolívar, como Alvear retornó a la patria para poner sus energías y su saber al servicio de esa revolución que aplaudió con entusiasmo.

La provincia de San Juan le eligió como su representante en el Congreso en unión de don Narciso Laprida. Santa María de Oro tomó parte activa en las deliberaciones, firmó el acta histórica, fué de los decididos defensores de la forma republicana que había de darse a la nueva nación y dedicó su vida entera a trabajar en pro de la religión y la Patria.

Fray Cayetano, poeta de la Independencia, maestro de Mariano Moreno, contribuyó con sus versos a mantener el espíritu libertario del pueblo. Fué diputado a la Asamblea de 1813, al Congreso de Tucumán, redactó sus sesiones intercalando muchas veces párrafos vibrantes de patriotismo que recuerdan su obra poética como cantor de los triunfos de Liniers, de la liberación de esclavos y de los acontecimientos notables de los primeros años de nuestra vida libre.

El doctor Colombres, diputado por Catamarca, fué un patriota entusiasta y el defensor de lo Independencia, cuya acta gloriosa firmara, cuando un gobierno despótico amenazó en el año 40 destruir las glorias nacionales y así lo vemos al lado de Lamadrid a quien ofreciera el prestigio de su personalidad. Después de la tragedia de Metán emigra a Bolivia donde atenúa las amarguras de su alma practicando el bien en una aldea de indios.

Pero el padre Colombres no fué solo republicano idealista y sacerdote místico. Fué también el “vencedor de la miseria” porque creó en Tucumán la industria azucarera base de la prosperidad y grandeza nacional. De él nos dice un apologista: “sir-

vió a la patria desde medio chico en época brava en que el viento seco y cálido destruyó las flores e impidió los frutos, pero el padre Colombres fué como el jornalero que acepta el surco que se le dá y por él brega entre las tempestades y las inclemencias, porque sabe que en su consagración a la faena un rayo de sol ha de venir propicio para bendecir, siquiera en parte, su labor”.

*

* *

Entre los congresales figuraban abogados como Juan José Paso, el tribuno del pueblo, que diera en 1810 la fórmula política de revolución de Mayo, “municipal en su forma y nacional o más bien indígena en sus tendencias y previsiones”; el chuquisaqueño Serrano que a pesar de su juventud había sido en Buenos Aires miembro de la Junta de Observación y como tal co-redactor del Estatuto que aquella dictara, Godoy Cruz, el filántropo inteligente, portador en el Congreso de las ideas de San Martín, Tomás Manuel de Anchorena, antiguo secretario de Moreno, Pérez Balnes, prohombre cordobés.

La figura que se destaca entre todas es la de Pueyrredón, porque el acto más trascendente que realizara el Congreso después de firmada el acta de la Independencia; fué el nombramiento del diputado por Buenos Aires como Director Supremo, nombramiento que hizo posible la realización de los magnos proyectos de San Martín y como consecuencia la independencia Americana. El Congreso se propuso

realizar la unidad, declarar la independencia y dictar la Constitución.

Por desventura no consiguió la unidad. La intendencia del Paraguay habíase ya separado en 1811. Las intendencias de Charcas, Potosí, La Paz y la provincia Cisplatina disgregáronse luego para formar nuevas repúblicas.

Declaró sí solemnemente a la faz de la tierra que surgía una nueva nación y como los hombres que hicieron la declaración trascendente, estaban poseídos del más puro idealismo, como eran nobles en su sentir y audaces en el gesto, asumieron en tal acto la representación de las Provincias Unidas de Sudamérica. No les bastaba la independencia de su territorio, querían la de todas las colonias hispanas de la América del Sur, unificadas en un solo anhelo, unidas en la tierra por el macizo andino "cabezal" de su grandeza e iluminada por la Cruz del Sur, símbolo estelar de la insignia que flameara en el mástil del bajel del conquistador.

Y como no le pareciera suficiente independizar la América de Fernando VII, sus sucesores y metrópoli, al hacer la jura de esta declaración agregó "y de toda denominación extranjera". Rechazaba con esto todo intento de traer al nuevo estado un príncipe extranjero o un descendiente incaico y el Congreso de Tucumán, como dice Ricardo Rojas, anticipóse heroicamente con esa declaración a la doctrina Monroe pues aunque no dijo "América para los Americanos" eso quiso decir cuando declaraba que América no sería nunca para un dominador extranjero,

jurándolo bajo la garantía de sus vidas, haberes y fama.

Y esa visión continental de los prohombres de Julio se puso de manifiesto en la moción de Fray Justo Santa María de Oro proclamando a una virgen limeña, Santa Rosa, protectora de la Independencia Sudamericana. Anhelos continental que animó la acción de San Martín en el Sur y de Bolívar en el Norte y que tomaron forma en el proyecto de Confederación Americana, presentada al Congreso de Panamá por Bolívar y Monteagudo. Aunque nunca llegó a ser realidad, en espíritu persistió siempre esa idea de fraternidad solidaria puesta de manifiesto en múltiples ocasiones, especialmente en la Argentina, donde se rinde el culto más sincero de fraternal afecto a todas las naciones de América.

Los congresales promulgaron la independencia americana que en su faz real fué la independencia de las Provincias Unidas del Plata y en sus consecuencias la independencia de la América Hispana y el pueblo que un poeta llamara "Argentino" y que en 1810, según el mismo, había jurado morir antes que vivir sin gloria, vivió y triunfó con la acción y con la ley y los ecos de Mayo, que en la plaza de la Victoria ascendieran a los cielos y se extendieran por los ámbitos todos, se concentraron en la histórica casa de paredes de adobe y columnas salomónicas, que hoy, cual Meca moderna americana, atrae a los hombres libres que organizan peregrinaciones para llegar hasta ella y en esa sala en que resonaron las voces viriles; ante esas paredes testigos de la no-

bleza, del desinterés, del patriotismo de esos hombres, se reconfortan las almas entristecidas en la lucha del vivir y ante ese altar de la Patria al venerar el pasado, se adquieren vigores para luchar con nobleza por ella y respetar sus tradiciones.

*

* *

Esa declaración y la firma del acta inmortal se realizó el día 9 de Julio y originó grandes manifestaciones de júbilo popular, que tuvieron lugar al día siguiente.

Desde la mañana del 10, nos dice Groussac, reprodujéronse con mayor júbilo y pompas las ceremonias del día de la instalación. "A las 9 de la mañana los diputados y autoridades reunidos en la casa congresal, se dirigieron en cuerpo al templo de San Francisco, encabezando el séquito el Director Supremo, Pueyrredón, entre el Presidente Laprida y el Gobernador Araoz. A lo largo de las tres cuerdas que mediaban hasta la iglesia formaban doble hilera las tropas de la guarnición. En la plaza mayor, todavía libre de columnas o pirámides, hormigueaba el pueblo endomingado; artesanos de chambergos y chaqueta, paisanos de botas y ponchos al hombro, cholas emperifolladas, de vincha encarnada y trenzas suelta, luciendo, entre los ojos de azabache y el bronce de la tez, su deslumbrante dentadura".

Hubo misa solemne y sermón predicado por el doctor Castro Barros, discurso que a pesar de ser patriótico y erudito no pudo alcanzar la fama del que pronunciara el día de la instalación del Congre-

so, 24 de Marzo, el diputado por Catamarca doctor Manuel Antonio Acevedo. Cuantos asistieron a la ceremonia recordaron siempre con emoción profunda la oración hermosa y sentida que pronunciara el doctor Acevedo y es de lamentar que se haya perdido ese discurso del que se llamó "apostol del Inca", por el fervor con que propuso al Congreso instalar una monarquía incaica en el nuevo estado, como una demostración de arraigo americano y emancipación completa de la metrópoli hispana.

A las fiestas religiosas siguió un gran baile, volveremos a Groussac quién ha recogido las impresiones de ese día conservadas en la tradición oral. "¡Cuántas veces, nos dice, me han referido sus grandezas mis viejos amigos de uno y otro sexo, que habían sido testigos y actores de la inolvidable función! De tantas referencias sobrepuestas solo conservo en la imaginación un tumulto y revoltijo de luces y armonías, guirnaldas de flores y emblemas patrióticos, manchas brillantes u oscuras de uniformes y casacas, faldas y faldones en pleno vuelo, vagas visiones de parejas enlazadas en un alegre bullicio de voces, risas, girones de frases perdidas que cubrían la delgada orquesta de fortepiano y violín".

*

* *

El Congreso rompió los lazos políticos que unían al nuevo estado con España pero tuvo buen cuidado de conservar el idioma y el culto que aquella le legara.

La emancipación tuvo desde el primer momento

la cooperación del sacerdocio. Los campanarios de toda América anunciaron con voces alegres los triunfos de las armas, con notas solemnes la convocación de Cabildo y la reunión de Asambleas acompañando todo acto civil con toques de rogaciones y si es cierto que "de los campanarios no nació la revolución" como irónicamente dijera cierto escritor, debemos reconocer que al llegar las ideas nuevas de allende los mares encontraron en los campanarios a los heraldos, que con timbres metálicos aplaudieron sus progresos.

El pueblo de Mayo y de Julio fué cristiano. Así lo demostró Belgrano deteniendo la procesión en las calles de Tucumán y haciendo descender las andas para colocar su bastón en manos de Nuestra Señora de las Mercedes, que el 24 de septiembre apadrinara el triunfo de sus armas; San Martín, proclamando a la Virgen del Carmen Generala del Ejército Glorioso al emprender la titánica empresa de transformar en naciones libres a las colonias hispanas. Lo demostraron también los diputados de la Asamblea del año XIII y los Congresales del XIV al trasladarse reunidos a la Catedral de Buenos Aires unos y al Templo de San Francisco los otros, entre la multitud bulliciosa que aclamaba su paso.

Fueron religiosos los criollos de la época heroica y lo demostraron sin sonrojo en los distintos momentos de su vida cívica y expresaron su credo en actas y proyectos, hasta que en el 52 los Congresales declararon que la religión católica era la religión del estado y en sus miras generosas y altruístas res-

petaron las creencias de los demás al conceder, entre todas las libertades, la del culto a todos los hombres de buena voluntad que quieran habitar el suelo argentino.

La bandera de paz, de tolerancia, de las amplias garantías, iluminada por el sol legendario de los Incas, flameó en el alto, atrayendo con sus resplandores a las caravanas interminables de extranjeros que aprodaron en nuestras playas.

Y el obrero, por la fuerza de su brazo; el intelectual, con la clara comprensión de nuestros problemas; el comerciante, exponiendo capitales; y el artista con el poder maravilloso de su estro, todos cooperaron al engrandecimiento prodigioso de la Nación, que naciera el 25 de Mayo y recibiera las aguas bautismales el 9 de Julio.

En esas caravanas llegaron los hijos de Don Bosco. Traían a las Pampas visiones de sus mágicas montañas, dejaban catedrales milenarias, se alejaban de cetros de oro y águilas imperiales, trayendo sólo la Cruz de Cristo para elevarla en el inmenso llano en el iris triunfal de los estíos y cuando el pampero arreciaba en las temibles noches invernales.

Abrieron escuelas y los varones y las niñas los rodearon y en pobres locales, en que las plantas suplían las bellezas arquitectónicas, aprendieron, jugando, la verdad de la ciencia y las normas del bien.

Permitidme, señores, que evoque la figura dulce y santa de las Hermanitas de María Auxiliadora. Ellas fueron mis primeras maestras; en sus aulas cursé los estudios primarios y puedo decir de la

eficacia de su enseñanza, que tan útiles me fueron después en la Escuela Normal y en la Universidad. Ellas despertaron en mí la vocación hacia el magisterio; con sus palabras cariñosas alentaron mis entusiasmos infantiles y premiaron mi labor.

*

* *

Los hijos de Don Bosco, con sus Escuelas, de Artesanos, sus colegios primarios y secundarios, sus oratorios en la Capital Federal, son conocidos dentro y fuera del país, y todo extranjero notable que haya visitado la República, sea príncipe, estadista, hombre de ciencia o de armas, ha tenido para los colegios salesianos un aplauso sincero.

Luego se internaron en la República y en la Pampa y Mendoza primero, y hoy en esta digna ciudad de Corrientes realizan su benéfica obra.

Al agradecer al Colegio Salesiano el alto honor de ofrecerme esta tribuna que me dignifica, en los días de recuerdo glorioso, hoy 6 de Julio, aniversario de la presentación de Belgrano al Congreso, que le consultara sobre los graves problemas que trataba de resolver, formulo el voto más ferviente por el éxito de la empresa de alto valor cultural que ha iniciado esta institución. Ella coopera en alto grado a conservar en el pueblo argentino el espíritu cristiano que alentó a los hombres de Mayo, a los Congresales del XVI, a los constituyentes de Santa Fe, y que alienta también a las nuevas generaciones, que vuelven sus miradas con afecto a la España legendaria, agradeciéndole el triple don de su idioma, de

su religión y su ley, que ponen chispas de luz en su maravillosa constitución de pueblo libre y soberano.

He dicho.

PERFILES FEMENINOS DE LA HISTORIA ARGENTINA

Conferencia pronunciada en el Teatro Juan de Vera en la velada patrocinada por la Sociedad Cooperadora de la Escuela Profesional Juana Manso de Noronha.

PERFILES FEMENINOS DE LA
HISTORIA ARGENTINA



MANUELITA ROSAS

Señores:

La Sociedad Cooperadora de la Escuela Profesional "Juana Manso de Noronha" ha querido iniciar esta velada rindiendo un homenaje a las mujeres, que en el momento heroico de la epopeya revolucionaria y en los largos años que prologaron la formación estadual de nuestra patria, cooperaron en la forma más decidida a la noble realización de los ideales libertarios, expuestos y sostenidos por ese grupo de titanes que se llamaron "hombres de mayo".

Accediendo al mandato de la comisión, intentaré que mi palabra esté a la altura de la significación de esta fiesta, confiando que el estímulo que me significa la invitación honrosa y el mágico encanto que el tema ejerce en mi espíritu no malogren del todo las esperanzas, que puedan haber cifrado las distinguidas damas organizadoras de este acto y el público que me complace con su deferente atención.

Imposible que en este momento evocador desfilen todas las madres, las esposas, las novias y hermanas de aquellos paladines que realizaron la magna gesta, alentados por las mujeres que los sostuvieron con su amor, los secundaron con su empeño, y que con la intuición peculiar a la psiquis femenina les dieron la seguridad de triunfos y libertades cuan-

do todo hacía creer que esas sólo fueran ilusiones y quimeras.

Trataremos de dar vida sólo a aquellas que a nuestro entender se destacaron en forma peculiar, poniendo de relieve alguna de las innumerables facetas del alma de la mujer argentina, que como hemos sostenido en otras ocasiones, es mística y soñadora, lo que la predispone siempre a la acción y al sacrificio en aras de los más altos ideales humanos y colectivos.

*

* *

En los tiempos heroicos de la conquista muy pocas fueron las mujeres que vinieron a América, por lo azaroso del viaje y los peligros que entrañaba el posesionarse de la selva virgen defendida palmo a palmo por el indio indómito, diestro en el manejo del arcabuz y el envenenamiento de flechas.

Algunas, sin embargo, acompañaron a los soldados en su viaje a las nuevas tierras. De entre ellas perdura el recuerdo de Lucía de Miranda, que a pesar de la Crítica Histórica, que niega su existencia, es siempre un símbolo de la fidelidad conyugal y religiosa y un exponente de las luchas cruentas y terribles, de que fué testigo América en la hora incierta de su despertar a la civilización.

En Buenos Aires vaga aún la sombra de aquella mujer bravía protegida por leones que se llamó la Maldonado, pero nosotros hemos elegido a una hermosa andaluza, de porte distinguido, ojos soñadores y cabellos de ébano.

Isabel de Guevara vino con su esposo a las playas del Plata en la célebre expedición de don Pedro de Mendoza. Asistió a la fundación de la ciudad de Nuestra Señora de los Buenos Aires. Vivió los días trágicos de aquel 1536 en la pobre ciudad toscamente delineada en la ribera anegadiza. Presenció la lucha con el nativo, escuchó con terror el silbido del pampero, que destruía los velámenes, derribaba las chozas y enfermaba a los hombres, debilitados por la escasez de víveres y las penurias sufridas en el viaje azaroso.

Ella curó los enfermos, se ocupó de menesteres que desconocían sus manos blancas y pequeñas. En unión con sus compañeras, todas más fuertes que los hombres, porque en esa época las mujeres eran más frugales en el comer, rondaba el fuego que alejaba las fieras, hacía la guardia, armaba las vallestas y ponía en orden a los soldados mientras el marido, de colete recamado, jubón y calzas de raso, yacía extenuado, sin fuerzas para movimiento alguno.

Los conquistadores deciden abandonar la tierra hostil y subir el Paraná, como ya lo habían hecho Gabotto, Diego García y el mismo Mendoza. Son las mujeres las que realizan ahora la proeza. Ellas traen la leña, preparan los bergantines, cuidan con ternura materna a ese grupo de hombres, sombras sólo de los que partieron de Sanlúcar de Barrameda, y mientras el Adelantado, de escudo con blasón y alma atormentada, emprende el camino, que le será mortal, hacia la madre patria, ellas suben el Paraná cantando el himno de esperanza que alienta a los varones

imposibilitados, al mismo tiempo que marean las velas, gobiernan el navío y a fuerza de remo van ascendiendo el río majestuoso, mientras las aves misteriosas de la selva saludan su paso, al escuchar por vez primera el eco de la lengua de Cervantes en los dominios guaraníes.

Llegan los bajeles a Asunción. Buenos timoneles fueron Isabel y sus anónimas compañeras! Pero no terminan ahí sus trabajos, cambian sólo de faenas. Los hombres, enfermos y debilitados, necesitan alimentación abundante y variada. El río les ofrece magníficos peces, las sementeras indias tienen patatas, mandioca, maíz y maní, pero ellas temen que se repitan las escenas de Buenos Aires, no confían en la generosidad nativa, y con una fortaleza que las honra roturan la tierra, carpen, siembran, recogen la cosecha abundante y con el trabajo rudo y fuerte, con el cuidado de sus manos, ahora encallecidas, y con el himno de amor con que arrullaron los sueños de los convalecientes, volvieron estos a la vida, allí en el fuerte de Lambaré, de clima benigno, aguas abundantes y buenos frutos.

Vuelve la calma a los conquistadores, la vida se normaliza, pero con el esposo de Isabel se comete una injusticia. Ella no es capaz de arredrarse ante nuevas dificultades, y en época en que el escribir es arte de privilegiados, Isabel de Guevara escribe una carta a la princesa Juana pidiendo justicia.

Esa carta es la página más hermosa de las crónicas de aquella época por la grandeza trágica de las situaciones que describe, por el grito de esa alma,

que a través de los mares pide justicia a una reina que ha dejado de serlo y porque es documento de la acción bravía de que fueron capaces las primeras mujeres, que vinieron de España al Sur de América.

*

* *

Pasan más de dos siglos. El estandarte de Castilla y de León flamea triunfante en los Fuertes y Cabildos de ciudades, intendencias y gobernaciones.

El nativo, el hispano y los hombres de todas las razas que acudieron a América se han fundido en el crisol de las tierras de Indias, formando la familia humana, que ha de dar ejemplo con sus instituciones democráticas al mundo de que surgiera.

Vive América la apacible vida colonial, y en esta hora aparece una mujer que merece todo nuestro respeto y admiración.

Es María Antonia de la Paz y Figueroa.

María Antonia había nacido en un pobre caserío quichua de Santiago del Estero. Descendía de nobles españoles. Muy jovencita aún, se despojó de las galas mundanas para vestir un hábito de burdo paño, retirándose a orar en la misma celda que ocupara un siglo antes San Francisco Solano.

Parece que el santo de la infinita bondad, de la dulzura y de la abnegación, trasmitiera a María Antonia su afán de ambular. Por eso vemos a nuestra heroína subir sin rumbo, con el pie descalzo y el traje vasto, sostenida sólo por la fortaleza de la Cruz, que carga sobre sus hombros. Ella recorre las salinas, que queman su planta, cruza los arbustales, que

desgarran su vestido, atraviesa bosques y selvas, sube pedregosas serranías, y en Catamarca, Tucumán, Salta, Jujuy y La Rioja va cumpliendo su misión, que es de caridad, porque pide a los pudientes para dar a los necesitados; que es de paz, porque une a los esposos desavenidos y reconcilia a los enemigos. Las multitudes la rodean y en las postrimerías del siglo XVIII la voz dulce de María promete a los pobres que viven en tierras sin agua y sin frutos una vida de abundancia y de alegría.

Ya de vuelta en su caserío nativo, oye hablar de la sociedad porteña, donde el virreynato ha introducido las costumbres licenciosas de la corte de Francia. Las jóvenes de Buenos Aires tienen ahora el paseo de la Alameda, bailan el minué, asisten al teatro, considerado lugar funesto a la juventud, y María de la Paz, a los cincuenta años, llevada por su fiebre misteriosa, carga de nuevo la Cruz, y atravesando a pié, pueblos y villorrios, siguiendo las huellas de las carretas, hundiéndose a veces en los pantanos, sufriendo hambre y sed, llega a la Capital Virreynal, para caer desmayada en el umbral sin puerta de la iglesia de La Piedad y hacer después un llamado a las mujeres a la vida meditativa, fundando la Casa de Ejercicios. En el jardín de esta casa, narra Juan Cruz Ocampo, ocupábase Sor María una tarde en arreglar unas enredaderas, cuando sintió unos pasos tras sí. Era Manuel de Guirior, el Virrey de Nueva Granada y del Perú, que había sido citado a juicio de residencia ante la Corte de Madrid, vilmente calumniado por el visitador de la Real

Hacienda. El hidalgo anciano llegaba atraído por las virtudes de esa mujer singular, a pedirle consejo, y después de jurarle por la Cruz que se levanta en ese patio que era inocente, preguntóle lo que debía hacer. Sor María lo invitó a orar con ella, diciéndole luego que volviera a Lima, donde encontraría la real noticia de su inculpabilidad. Así sucedió, en efecto, y la Virreyna, agradecida, hizo a Sor María el magnífico presente de un altar de su oratorio particular, verdadera joya artística, que se custodia en la Casa de Ejercicios, así como la histórica Cruz, compañera de sus andanzas, y el naranjo plantado por sus suaves manos misioneras.

En la Iglesia La Piedad está el blanco mausoleo de esta beata, llamada a ocupar, en el santoral americano, un lugar al lado de su antecesora del Rimac, Rosa de Lima.

*
* *

La figura principal de la primera mitad del siglo XIX fué María de Todos los Santos Sánchez de Velazco y Trillo, una de las más ricas herederas de Buenos Aires. Era Mariquita Sánchez de Thompson primero y Mendeville después, delgada, de baja estatura. El brillo de sus ojos, su gracia, su afabilidad, su mente inquieta y vivaz daban a su persona un especial atractivo.

Se vió rodeada por tres generaciones, porque en su salón se festejaron los triunfos de Liniers, Suipacha e Ituzaingó. Ahí se levantó la voz airada de Sarmiento contra la tiranía, que tuvo en Mari-

quita Sánchez una enemiga terrible. En los primeros tiempos Mariquita frecuentó los salones de Manuelita en San Benito de Palermo, pero cuando la tiranía ensangrentó la ciudad fué de las que sufrieron proscripción por la condición de francés de su esposo y más aún por seguir la causa de su hijo Juan Thompson, alistado en los ejércitos de Lavalle y Paz.

Su salón fué centro de política, cultura y arte. Los escritores lo han descripto "con sus muros tapizados de damasco color oro, su regia araña de plata que pendía del techo cubierto de espejos encuadrados en rico artesonado. El mobiliario de estilo se completaba con un arpa y el histórico clavicordio, en cuyas cuerdas de cristalinos sonos vibraron por vez primera los graves y solemnes acordes del Himno Nacional". (1).

Ahí se hizo entrega a Brown de la bandera que flameó en Montevideo. Ahí se cantaron las glorias de la Patria, se festejaron acontecimientos sociales como la llegada de Carlos de Alvear en 1812 y el compromiso del comandante San Martín con Remedios de Escalada; se aplaudieron los dramas de Varela, las estrofas de Echeverría y se oyeron con dudosa credulidad los proyectos rivadavianos.

Rivadavia preparó y discutió con María Sánchez la fundación de la Sociedad de Beneficencia, de la que la nombró secretaria.

"La señora de Mendeville —nos dice el doctor Dellepiane— se entregó por entero a la obra impe-

(1) — Antonio Dellepiane: "Dos patricias ilustres".

recedera del gran precursor, redactando actas y comunicaciones oficiales, inspeccionando hospitales y hospicios, fundando establecimientos de educación en la ciudad y la campaña de Buenos Aires, difundiendo las escuelas lancasterianas, pronunciando discursos en las ceremonias públicas y hasta escribiendo una plegaria destinada a las huérfanas del asilo, tan llena de místico fervor como bella de forma”.

María Sánchez poseía varios idiomas, tocaba el arpa, cantaba, escribía versos de valor discutible, pero en los que palpitaba su alma puesta al servicio de Dios, de la Patria, de su hogar, como lo prueba su correspondencia, a través de cuyas páginas se puede conocer a la dama aristocrática de esa época.

* * *

Cuando llegó San Martín a Buenos Aires, en 1812, fué presentado a las principales familias porteñas, entre ellas a la de don Antonio José de Escalada, hogar que refundía la sencillez patriarcal con las maneras cortesanas dejadas por el virreynato.

Ese salón, en que habían descollado Sobremon-
te, Liniers, Cisneros, Béresford, era frecuentado ahora por Rivadavia, Alvear y las principales figuras del clero y del ejército.

“En la sala tapizada de seda azul, adornada con muebles de estilo borbónico, arañas de cristal y jarrones con flores entre un grupo de jovencitas, se presentó ante los ojos negros, de mirar profundo, de José de San Martín, una niña de quince años, de ojos grandes como absortos en un sueño lejano, de óvalo fino, de cutis sonrosado”. “Estaba vestida al

estilo imperio y adornada con una diadema de jazmines y un collar de perlas" (1). Con ella bailó San Martín el minué palaciego, y el hombre, que al decir de Rojas, venía del mar e iba hacia la montaña por un camino de tragedia, se prendó de María de los Remedios, de su juventud y de su inocencia.

Un día y otro día San Martín visitó a su novia en los aristocráticos salones de Escalada y de Thompson, hizo guardia en los atrios de las iglesias, la escoltó en los paseos de la alameda y en el palco del teatro, pareciendo amparar con su figura enhiesta y fuerte a la frágil silueta juvenil.

En el ancho patio colonial que perfumaba el jazminero, a la luz de la luna, San Martín suavizó sus modales de soldado ante la delicada porteña, le cantó su romance, no en versos, que nunca cultivó, sino con la palabra viril y la promesa subrayada por el fulgor de sus ojos, que adquirirían inusitado brillo en la palidez intensa de su rostro.

Pero en el idilio surgía constantemente la imagen de la Patria. El novio hablaba de triunfos y libertades, la niña describía las escenas de entusiasmo que había presenciado su infancia y las campanas de San Ignacio y Santo Domingo parecían anunciar con sus tañidos las futuras grandezas argentinas.

Remedios al despertar al amor soñaba con la patria definitivamente libre y grande y así fué ella la que inició, por inspiración del novio, la famosa subscripción femenina destinada a costear cierto número de sables para los ejércitos de la libertad.

(1) — Ricardo Rojas: "El Santo de la Espada".

Las campanas de la Catedral anunciaron la boda y los salones de Escalada abriéronse en todo su esplendor para festejar el fausto acontecimiento.

Con el enlace se inicia para Remedios la vida de sacrificio.

San Martín parte a los pocos meses con sus granaderos. Remonta el Paraná para bautizar sus batallones en San Lorenzo. Poco después partirá hacia el norte a encontrarse con Belgrano en Yatas-to y recién en 1815, al ser Gobernador de Cuyo, su esposa irá a reunírsele a través del desierto y pasará a su lado los dos años más felices de su vida conyugal, santificada con el nacimiento de Merceditas. — La señora de San Martín llevó a Cuyo las costumbres sociales de su aristocrático hogar porteño. Alternó con las mejores damas. Dió comidas y bailes en los que se concertaron algunos noviazgos como el de Laureana Ferrari que conquistó a uno de los más bravos oficiales del ejército, el después coronel Manuel de Olazábal.

Laureana Ferrari era una graciosa mendocina, una niña casi, solo tenía 14 años y su dulzura y su entusiasmo patriótico, adquirido en el hogar paterno la acercaron a la señora de San Martín, que con especial complacencia escuchaba las cuitas de esa alma soñadora que como la suya, confundía en un solo ideal el amor y la patria.

El mismo San Martín solicitó su mano para Olazábal y mientras los hombres preparaban el ejército en Plumerillos la dulce prometida trabajaba con las señoras en el salón de Remedios bordando las

histórica bandera de los Andes. De pronto alguien pensó que los bordados quedarían más lucidos con lentejuelas y Laureana trajo su espléndido abanico, el de sus elegantes coqueteos y pensando en la patria y en el novio quitóle las lentejuelas que fué colocando de a una en la nueva enseña, para que el sol se espejeara en ellas al escalar las empinadas cimas.

Parte el ejército. Allá va la bandera. Al viento flamea su trapo. "Es blanca y celeste con un escudo entre laurel y con dos manos que alzan el gorro frigio sobre la cresta andina; el sol naciente sobre el escudo". La bordaron las cuyanas y cuando Olazábal, dirigiendo su compañía, la ve alejarse en la cuesta, aumenta el vigor de la marcha, hirgue la cabeza y solo ansía la batalla para deponer los laureles ante la dulce niña, que pensando en él la bordada. Chacabuco, Curapaligüe y Gavilán, noche triste de Cancha Rayada, luz meridiana en Maipú y el oficial vuelve a Mendoza y une su suerte con la de Laureana, que no le abandonará ya en su azarosa carrera militar, que ha de terminar con el exilio y la muerte en tierra extraña, 1841, como consecuencia del tiránico gobierno de Rosas.

Entre tanto cuando el oficial se aprestaba ascender la montaña y repetía sus juramentos a la mendocina, el coronel frente al Aconcagua se despedía de la esposa y abrazaba a la pequeñuela. El va ascender a la gloria por la senda de la amargura, ella va iniciar su camino trágico al volver a la casa de sus padres, donde ni el cuidado de los suyos ni el afecto de la hija pueden detener el mal que va minando su organismo.

El libertador derriba los últimos baluartes hispanos en el sur de América y cumplida la titánica hazaña en lugar de las clarinadas de la gloria llegan hasta él los llamados quejumbrosos de la esposa moribunda y los anatemas de sus contemporáneos, que con su persecución cruel le impidieron recibir el último suspiro de Remedios que muere bendiciéndole.

*
* *

La amiga predilecta de Remedios de Escalada fué Juana Pueyrredon de Saenz Valiente, la que unía a todas las gracias de su exquisita feminidad una vivaz inteligencia y una rápida decisión.

Figuró en las crónicas de la época entre las que descollaron en los salones porteños. Como la mayoría de sus contemporáneos se casó a los catorce años. Firmó la célebre nota, redactada por María Sánchez e inspirada por Monteagudo, en que las damas se ofrecían al gobierno para armar el brazo de los valientes que asegurarían a un tiempo su gloria y la libertad de la patria.

Su carácter afectuoso y decidido se puso de manifiesto en 1809 con motivo de la prisión de su hermano Martín, porque ella en persona fué al cuartel de Patricios y arengó en tal forma a los soldados de guardia que ellos facilitaron la evasión del preso que tan importantes servicios había de prestar a la Patria. Don Martín de Pueyrredón recordó siempre la generosa y valiente actitud de su hermana lamentando que ésta, muriendo jóven, no alcansara a su

elección de Director Supremo y no pudiera aplaudirle por su gran colaboración en la empresa sanmartiniana.

*

* *

Corrientes, como criolla soñadora, vivía las horas apacibles virreynales. La rodeaban airoosas palmeras y la brisa saturada de azahares traía el lento campaneo del convento adormilado, mientras a su piés el río majestuoso espejeaba el sol o el múltiple titilar de su cielo sereno y encantador.

Calma de soledad en las calles sin empedrar, caballos ensillados en las puertas de las casas y el rústico banco en que a la luz de la luna se cantaba el amor.

Casas de anchas paredes de adobe, techo de dos aguas, angosto alero sostenido por pilares de quebracho toscos y torcidos. Jardines encantadores en que se entrelazaban las begonias y los helechos gigantes y en los que entre palmeras y naranjos se cuidaba el ñangapirí o el guapurú indígena.

1810: La ciudad se conmueve con la llegada de Belgrano que va rumbo al norte enseñando a los pueblos los ideales libertarios y la aldea pobre y triste sin más industrias que las caseras, ni más comercio que el de menudeo vuelca los ochavos de su escarcela en las arcas del ejército revolucionario; alista sus hombres en los distintos batallones y ofrendan al general el niño heroico de Concepción que conoce la historia con el nombre de "Tambor de Tacuarí".

Realzan este cuadro tres figuras patricias: Do-

lores Vedoya de Molinas, Antonia Rosa Lagraña de García de Cossio y Angeles Acosta de Madariaga.

Dolores Vedoya de Molinas, figura en la galería de Patricias Argentinas junto con las señoras Margarita Lagraña de Vedoya, Ana Rosa Lagraña de García de Cossio y las señoritas Antonia Rosa García de Cossio y María Josefa Vedoya, distinguidas correntinas que contribuyeron con su peculio a los gastos del ejército, como consta en las publicaciones de la Gaceta.

Todas las mañanas al toque de alba se veía a doña Dolores saliendo de su casa con el amplio vestido y la mantilla de encaje. La acompañaba una criada. Iba a San Francisco a encomendar al cielo la tarea cotidiana.

Más tarde visitaba en los ranchos a los enfermos pobres, repartía entre los necesitados alimentos y vestidos. Presidía la mesa familiar iniciando "el Bendecid Señor" y "el Deo Gratias" y al declinar la tarde, rodeada de sus hijos y sirvientes, rezaba el Rosario mientras el toque de Angelus hacía inclinar su cabeza en que solo bullían pensamientos de virtud y de bondad.

En los días de visita cuando el coche de doña Dolores se detenía en las puertas de las casas amigas, salían las señoras y las niñas a recibirla y ella tenía para cada una la frase afectuosa y la golosina o la flor como expresión de su recuerdo.

*

* *

Antonia Rosa Lagraña de García de Cossio oye hablar un día en la tertulia familiar de la prisión

de los Reyes de España, de la invasión francesa en la península ibérica, tierra de sus mayores y de que los criollos antes de caer en poder del Galo quieren ser un pueblo independiente.

Y la noble dama, viuda del militar, siente el halago de patria nueva para ella y para sus hijos, nacidos todos en tierra americana.

Sabe que Belgrano y sus soldados son los que han de realizar esa proeza y entrega sus haciendas y en el delirio de su entusiasmo agrega: "Vayan esas cabezas de ganado en nombre mío y de mi hija y si lo creen necesario dispongan de todas las alhajas, que con placer veré a las perlas y brillantes transformarse en pesos fuertes para las arcas militares".

*

* *

Y completa el triduo correntino Angela Acosta de Madariaga la que a través de los hierros retorcidos de la casa solariega vió un día alejarse a sus hijos que, jinetes en briosos caballos iban a dominar las huestes rosistas. La madre elevaba al cielo sus ojos velados por lágrimas y pedía a la Reina del Paraná que iluminara su camino y aquellos varones, cubiertos como por una coraza por el amor materno enaltecieron el nombre de Corrientes escribiendo páginas brillantes de la historia argentina.

Pasan los años y las luchas políticas señalan a la familia Madariaga el camino de la proscripción.

Ahí va la caravana de carretas cruzando esteros y fosfadales bajo la vigilancia de sayones groseros. La noble patricia a quien acompañaban sus

hijos y hermanos sufre estoicamente los ardores del sol, las molestias de la lluvia. En Santo Tomé les espera la carreta que debe conducirlo al Brasil y la caravana de exilados demuestra el valor moral de la mujer correntina que espera aún el bardo que cante sus proezas.

*

* *

Magdalena Güemes, Macacha como la llamaban en Salta, fué una mujer de extraordinaria belleza. Era alta, de tez pálida, cabellos rubios, ojos hermosos, En 1803, a los 16 años en plena juventud y hermosura contrajo enlace con Ramón Tejada en la Iglesia Matriz de Salta.

En la época revolucionaria, ella fué como el ángel tutelar de la esperanza y la victoria para su hermano Martín Güemes, el héroe, que conteniendo con sus gauchos el avance hispano salvó a la nueva nación en aquella hora triste e incierta de 1803 a 1820.

Ella enjugó las lágrimas del paladín y con su palabra entusiasta, con su fé inquebrantable en el triunfo definitivo hizo renacer la esperanza en los campamentos cuando el clarín de los virreyes resonó en las quebradas de Jujuy y en los valles de Salta, en las horas aciagas que siguieron a Sipe-Sipe y Ayohuma.

Algunos historiadores la presentan valiente y varonil, amazona en un malacara al lado de Güemes en la quebrada de Humahuaca y hasta narran que tuvo un lance contra los realistas logrando sostenerse vencedora. Nosotros no compartimos es-

ta opinión. La vemos soñadora, entusiasta, arregando a los soldados antes del encuentro, fascinándolos con su mirada y con su gracia, hablándoles de triunfos y de hazañas. La vemos después del entrevero vendando a los heridos, socorriendo a los que caen, animando a los débiles, consolando a los moribundos..... Macacha no tuvo el arranque viril de la chuquisaqueña Juana de Azurduy. Esta dirigía personalmente a los guerrilleros en el Alto Perú, vestida de una túnica escarlata con franjas y alamares de oro y un birrete con adornos de plata, cuando no con el gorro punzó de la libertad que usaban en esa época las mujeres del altiplano, que acompañaban a los hombres en los campamentos. Juana de Azurduy demostró tal valor, que el Triunvirato le otorgó el grado de Teniente Coronel del Ejército de la Patria. Macacha fué más femenina. Alentó con su patriotismo el entusiasmo de su hermano y del pueblo salteño que la amó por su espíritu soñador y patriota.

Cuando murió Macacha a los setenta años, su pueblo la lloró y enmudecieron por mucho tiempo las guitarras de Salta. Era el homenaje a la que llamó el poeta "la musa de las breñas".

*

* *

En el cuadro lúgubre y triste del Buenos Aires del año cuarenta se destaca una graciosa figura femenina. Es Manuelita Rosas. Delgada, flexible, esbelta, se la ve cruzar las calles con andar garboso. En su tez morena y pálida brillan sus ojos oscuros

y expresivos. Ama la música y la poesía y su alma sensible y tierna la hace mirar con horror a los Parras y Cuitiños que la rodean.

Adora al padre y esa devoción filial le prohíbe juzgar a Juan Manuel. Ella es la piedad en medio de la venganza, el perdón en el reino del odio, la caridad entre los agravios y las persecuciones.

Para el pueblo fué reina, para los federales “la niña Manuelita” y los mismos unitarios la respetaron cuando no la amaron y ni en los momentos más álgidos de la lucha envolvieron su nombre en las diatribas al tirano.

*

* *

El General Paz, prestigioso Jefe de la Liga del Interior fué tomado prisionero en 1831 y conducido a la aduana de Santa Fé. La noticia de este hecho acongojó a dos mujeres: a la madre y a la novia que se unieron en su dolor y partieron de Buenos Aires para llevar su palabra de afecto y de consuelo al preso.

El calabozo abrió sus puertas para dar paso a la anciana y a la niña que con su alegría, su amor y sus ilusiones, disipó las sombras y brilló como estrella de esperanza.

La aduana santafecina que era Casa de Gobierno, cárcel y proveeduría fué el escenario del noviazgo y de la boda. El lugar y el ambiente eran poco propicios pero la abnegación de la niña floreció en albos azahares y los dos corazones al latir al unísono tuvieron ritmos de marchas nupciales.

A los tres meses se interrumpe el idilio al ser trasladado Paz al Cabildo de Luján. La esposa y la madre salen enseguida de Santa Fe aunque ignoran el destino del preso y venciendo dificultades de toda clase vuelven a unírsele en la prisión.

En el Cabildo de Luján, hoy Museo Colonial, ocuparon una pieza alta con puerta al corredor y ventana a la plaza y al campo.

Esa pieza sin colgaduras ni alfombras, con una mesa, una cama y unas sillas por único mobiliario sirvió de marco al cuadro toda magestad y dulzura de una joven madre que acunaba su hijo. El General en los momentos que le dejaba libre el lavado de su ropa y el hacerse el calzado había construído jaulas en que cantaban jilgueros y calandrias y el gorgo de los pájaros se unían al arroró de la madre, mientras el aire y el sol secaban en la ventana las mantillas y pañales que lavaron sus manos amorosas.

En esa pieza nacieron sus tres hijos y murió uno. Cuántas veces el grito de los engrillados en la planta baja del Cabildo, el fusilamiento de desertores en la plaza habrá conmovido su corazón de esposa y madre!

Frente a su ventana pasó el coche rojo tirado por cuatro caballos con testeras y riendas coloradas al que acompañaban un coronel con su pequeña escolta. Iba de Buenos Aires a Córdoba en busca de los restos de Quiroga.

Otra vez era el convoy de tres o cuatro coches en que pasaba Estanislao López con su familia rumbo a Buenos Aires, a donde iba por razones de salud

y gobierno. Y la esposa abnegada elevaba sus preces a la Virgencita del Luján, la Virgen Gaucha como la llamaban aún los paisanos del Sur.

Todas las mañanas el metálico son de la campanita de la pobre iglesia llegaba hasta sus oídos como un llamado del Cielo, al que ella acudía presurosa, postrándose ante la pequeña imagen como lo hacen hoy las caravanas que de continuo llegan al hermoso Santuario para pedir paz para las almas y bien para la patria.

*

* *

Montevideo, la ciudad coqueta y romántica que mece el Atlante y protege el cerro, fué el asilo de las familias militares perseguidas en Buenos Aires por el partido federal.

A una de ellas pertenecía Delfina Vedia, hija de un general argentino quien vivió en esa ciudad su romance de amor con Bartolomé Mitre.

Cuenta la tradición que el novio era tan pobre que solo pudo ofrendar a la novia un dedal como presente de boda, dedal que fué como presagio de la vida de privaciones que esperaba a la joven, la que tuvo que sostener con su trabajo el hogar del militar unitario.

Delfina Vedia de Mitre, fué una mujer de nobles virtudes que le merecieron el respeto y la admiración de sus contemporáneos.

Poseía un espíritu culto y sensible que le hizo amar las letras aunque por modestia no llegó a publicar sus trabajos, prefiriendo protegerse en el pe-

riodismo en el que escribía frecuentemente aunque en forma anónima.

*

* *

Evocamos ahora la figura de una anciana venerable, figura austera y sencilla de la madre del pasado a quien el más fogoso de los escritores argentinos ha rendido público homenaje, en páginas imprecederas de emotividad enternecedoras. Es Paula Albarracin de Sarmiento.

Todos conocemos su solar sanjuanino. Nos es familiar la añosa higuera que daba sombra al telar del que salían incesantemente las varas de lienzo que habían de trocarse en el pan cotidiano.

Conocemos la huerta esmaltada de flores para el altar de la vecina iglesia o el Santo Domingo que presidía el estrado. Sabemos que sus manos supieron los secretos de las mil industrias a que se dedicaban las familias en la época colonial y que así como se unían en la plegaria se distendían para la caridad y por todo ello le decimos a Paula Albarracin de Sarmiento: Asciende al monumento de la Patria. Nosotros en tí rendimos homenaje a las madres del pasado que con sencillez y virtud formaron en sus dignos hogares a los grandes hombres argentinos.

*

* *

En la segunda mitad del siglo XIX aparecen en periódicos y revistas, artículos literarios y pedagógicos firmados por mujeres argentinas y se engalanan los escaparates de las librerías y los anaqueles

de las bibliotecas con obras de Josefina Pelliza, Juana Manso de Noronha, Juana Gorriti, Eduarda Mansilla de García.....

Elegimos de este grupo a las dos Juanas.

Juana Manso de Noronha nos es familiar por ser númen tutelar de la Institución que prestigia este acto

Su vida consagrada a la enseñanza se deslizó en el anonimato que caracteriza al maestro cuya labor diaria carece de los halagos del aplauso.

Pero el decir maestro es ya rendir honor a quien como Juana Manso lo fué por verdadera vocación. Y en época en que desconociánse las leyes pedagógicas ella habló de principios pestalozianos, de métodos de enseñanza, de la importancia de la intuición, de la gradación de los conocimientos, de la coeducación y los maestros de la palmeta, los que señalaban en el texto la lección diaria al alumno, los que en su buena voluntad creían que la clase debía reducirse a ejercicios nmotécnicos, escucharon con asombro a Juana Manso y en su ignorancia la detractaron y persiguieron. Pero ella no se desalentó. Redactó programas para las escuelas primarias, formuló horarios, asesoró a Sarmiento en la Dirección General de Escuelas, escribió en revistas, llevó obras al teatro, pero lo que es más aún ,escribió uno de los primeros textos de Historia para las escuelas primarias, obra en que glorificaba a Mitre y a Lavalle, a los mismos que un día alentara en las horas de proscripción de Montevideo, cuando con otras damas preparó la bandera que trajera Lavalle a Corrientes y que cubriría más tarde el cadáver del General, cuan-

do lo llevaron sus soldados por la quebrada del Huma-huaca para darle digna sepultura en Potosí.

Juana Manso perteneció al grupo de los pros-criptos y fué la precursora del feminismo argentino.

Viajó y sus jiras por Estados Unidos y América Central la pusieron en contacto con las evoluciones político-sociales que transformaban al nuevo mundo y acordaban a la mujer máximos derechos y garan-tías. Ya había fundado en Montevideo el "Ateneo de Señoritas" y una escuela gratuita para niñas; ha-bía colaborado en Río de Janeiro en el "Journal das Senhoas" y de vuelta a su patria, después de Case-ros, publicó el "Album de Señoritas", periódico en que trató temas de literatura, poesía y arte.

Sarmiento la llamó la "poetisa de ambas márgenes del Plata", Mercante la presenta como la histo-riadora de la educación en la Argentina y la difusora de los métodos de Pestalozzi, Froebel y Lalor. Juana Gorriti la saluda con el "Salve Maestra" que equi-vale al "Ave César" de los romanos y la posteridad la venera por qué cuando la mujer, al decir de María Sánchez, sólo sabía "ir a oír misa y rezar, componer sus vestidos, zurcir y remendar"; Juana Manso tra-ducía a Horacio Mann, a Lalor y a Calkins, dirigía los Anales de la Educación Común y propendía por medio del periódico, la biblioteca y la escuela a la educación de la mujer.

*

* *

Juana Manuela Gorriti dejó numerosas obras en las que se perfilan su carácter formado en la infan-

cia en el solar paterno de Salta, el que tuvo que abandonar para seguir a su padre el General y su tío el clérigo famoso (congresal del 16) cuando éstos se radicaron en Sucre. En Bolivia contrajo enlace, pero el matrimonio no proporcionó tranquilidad a su espíritu inquieto y se retiró a Lima. En la ciudad de los Virreyes tuvo escuela y salón. En la primera se acercó a la niñez con toda la ternura de su alma, en el segundo se entregó a los deleites espirituales.

Angélica Palma en un artículo póstumo (que publicó la prensa argentina el día de su entierro) nos describe este salón al que llegaban los músicos, literatos y público con el empaque de sus levitas, sus pecheras almidonadas y lucientes, el cabello largo, las patillas simétricas y con la diminuta "mosca" o la "pera" que les daba cierto jaque militar. Acompañaban a las damas que envueltas en sus embosos de lana arrastraban largas colas cargadas de puntillas y volados.

La dueña de casa les recibía con afecto, cruzándose saludos reverentes, que más parecían un paso de minué. Se recitaba, se cantaban décimas, se formaban corrillos y mientras se festejaba una sátira o se aplaudía un soneto, pasaban las bandejas con golosinas y licores. Juana Manuela, alta, muy delgada, expansiva en sus modales, de palabra fácil, presentaba a una alumna o hablaba del terruño amado, acompañando su gesto con el brillo de sus pupilas hundidas en las cuencas profundas de sus ojos.

Juana Manuela, después de una vida azarosa sintió la nostalgia de las auras patrias y por el camino

del Pacífico fué a Buenos Aires, visitó luego su solar salteño para radicarse definitivamente en aquella. Estaba vieja, sin recursos y se dirigió al gobierno pidiendo una pensión. El hecho de ser viuda de un presidente extranjero, dificultaba el expediente pero una gran dama, doña Carmen Nóbrega de Avellaneda interpuso su influencia y la escritora pudo pasar sus últimos años tranquila, rodeada de la admiración afectuosa de literatos y pensadores.

*
* *

Con Manuela Gorriti terminamos la evocación histórica, en la que desfilaron este grupo de mujeres que habéis aplaudido con emoción y entusiasmo y las que están ubicadas ahora en el altar que preside la Patria con su simbólico ropaje y la enseña bicolor. A su vera la Victoria le presenta los laureles del pasado y la Paz la oliva eterna que preside la grandeza de los pueblos.

Ante estas figuras históricas que a nuestro recuerdo adquiriendo forma corporal, presentándose con sus trajes y tocados,, rendimos nuestro más emotivo homenaje en las flores que se deshojan y languidecen a sus plantas, en los perfumes que las envuelven y acarician, en el sentir profundo de nuestras almas que admiran a las mujeres de ayer y desean cooperar hoy al porvenir que espera a esta Patria grande y viril, a esta Argentina de ideales nobles y altruistas, en cuyo nombre hay líricos sonos y en cuyo símbolo brilla el sol de los triunfos y res-

plandece la diafanidad de nuestro cielo, asilo de concordia y paz para las naciones todas del orbe.

He dicho.

Nota: Esta conferencia fué ilustrada por un conjunto de niñas que encarnaban las diversas figuras, reproduciendo los retratos históricos de las ilustres patricias. Algunos trajes fueron auténticos, como el que lucía la niña Medallita Lubary, perteneciente a la matrona doña Dolores Vedoya de Molina.

INDICE

	Pág.
La Fiesta de la Danza	5
Juan Pujol	11
La Belleza	21
José Marmol	33
La Aldeana de Capriglia	49
El Congreso de Tucumán	61
Perfiles Femeninos de la Historia Argentina	77

